



ACERCA DE LAS TECNOLOGÍAS PSICOLÓGICAS

José Carlos Loredo Narciandi

Profesor contratado, Departamento de Psicología Básica I, Universidad Nacional de Educación a Distancia. Dirección: Facultad de Psicología, UNED. Apdo. de correos 60148, 28040 Madrid (España). E-mail: jcloredo@psi.uned.es. Teléfono: +34 91 398 79 70.

Resumen:

Se presenta una propuesta para analizar el significado que podemos otorgar, desde una teoría del sujeto constructivista, a las prácticas, técnicas y tecnologías relacionadas con el autocontrol y con el control de unos sujetos por parte de otros. Dicha teoría del sujeto se defiende en diálogo con las perspectivas psicológicas que suelen definirse como "mediacionales". A continuación se ofrece una breve clasificación de las tecnologías psicológicas históricamente dadas. Estas tecnologías atañen al cuidado de sí, las relaciones sociales, el control colectivo del comportamiento, la educación y la relación del ser humano con otras especies. Por último, se pone de manifiesto la utilidad que la reconstrucción de la historia de tales tecnologías puede tener para entender la práctica profesional de la psicología y para criticar la concepción de ésta como mera ciencia aplicada.

Palabras clave:

Constructivismo. Mediación. Tecnologías del yo. Psicología y técnica. Psicología aplicada.

Abstract:

The aim of this paper is to offer, from a constructivist viewpoint, a critical review of the meaning of practices, techniques and technologies dealing with the Self-control and the social control. First a discussion with some mediational theories about the psychological subject is carried out. Then a brief classification of psychological technologies (concerning to Self-care, social relations, collective control of behaviour, education and the relationships between the human being and other biological species) is proposed. Finally, the potential of a reconstruction of the history of psychological technologies in order to value the contemporary applied Psychology, usually presented in terms of purely applied science, is pointed out.

Key words:

Constructivism. Mediation. Technologies of the Self. Psychology and Techniques. Applied Psychology.

Agradecimientos:

Algunas ideas expuestas a continuación proceden de escritos no publicados de Tomás R. Fernández Rodríguez, José Carlos Sánchez González y Sara González González. Deseo hacer constar mi deuda con ellos.

1. *Presentación*

Este trabajo plantea algunos problemas que nos encontramos al teorizar la existencia histórica de prácticas, técnicas y tecnologías psicológicas, que conciernen tanto al autocontrol como al control de unos sujetos por parte de otros.¹ En primer lugar pondré sobre la mesa la concepción del sujeto psicológico de la que parto, a la que presentaré en polémica con los enfoques mediacionales (epígrafes 2 y 3). Después sugeriré cómo ubicar las tecnologías psicológicas en dicha concepción del sujeto (epígrafe 4). A continuación ensayaré una breve clasificación de ámbitos en donde rastrear esas tecnologías (epígrafe 5). Por último, y tomando como referencia fundamental la situación española, señalaré la “moraleja” que de todo ello podemos extraer a la hora de valorar las tecnologías psicológicas actuales y la idea de la psicología profesional como pura ciencia aplicada (epígrafes 6 y 7).

Soy consciente de que el tratamiento de estos temas será tentativo y falto de matices, pero he optado por ponerlos en relación en lugar de centrarme en uno solo de ellos. Esta estrategia pretende ofrecer un panorama más amplio y fundamentado que el de una descripción de técnicas psicológicas “precientíficas” concretas como la que hemos realizado en otros lugares (Cano, Loredó y Herrero, en prensa; Loredó, 1995, 1998, 2005, y Rodríguez García, Loredó y Herrero, en prensa).

2. *Sujeto, objeto y mediación*

Es bien sabido que, en el ámbito de los saberes psicológicos, algunos enfoques utilizan el concepto de mediación para defender que sujeto y objeto se relacionan entre sí a través de herramientas culturales (físicas y simbólicas) que intervienen en la construcción de las funciones psicológicas humanas. La idea procede de Vygotski, quien la retrotrae a Hegel y a Marx (Vygotski, 1989: 90).² Para Hegel, la astucia de la razón consiste en que, poniendo en relación unas cosas con otras -mediando entre ellas-, hace que se despliegue la lógica interna del Espíritu. Marx sustituye la razón por el trabajo y el Espíritu por el sujeto humano, de modo que es este último, a través de su trabajo, quien se vale de las propiedades de las cosas para lograr sus propósitos.

¹ Podríamos reservar el vocablo “tecnología” para las técnicas derivadas de principios científicos, y denominar “prácticas” a las actividades que no han alcanzado una sistematización explícita. Sin embargo, he preferido no ser terminológicamente escrupuloso, puesto que mi objetivo no es clasificar las prácticas psicológicas de acuerdo con su carácter más o menos técnico o científico. Por otro lado, expresiones como “tecnologías del yo” suelen aplicarse sin reparos a las técnicas y prácticas de autorrevelación. (En el epígrafe 4.2 volveré sobre esto.)

² Dentro de la sociología del conocimiento, Peter L. Berger y Thomas Luckmann (2003: 165) remiten su noción de mediación a Sartre. La entienden como el filtro que la clase social interpone entre el individuo y el mundo.

Conscientes del exceso de esquematismo que ello implica, aceptemos que, desde un punto de vista histórico, se abrían dos posibilidades a partir de la concepción kantiana del sujeto como productor de conocimiento merced a su actividad sobre los objetos: o bien ese sujeto se convierte en un Espíritu que se desenvuelve por sí mismo arrastrando a los sujetos reales, o bien se transforma en un sujeto de carne y hueso que a través de su acción transforma la realidad. La primera opción es la de Hegel, quien anuncia la muerte del sujeto. La segunda opción es la marxista, que asume la necesidad de naturalizar el sujeto trascendental de Kant, es decir, de eliminar su carácter trascendental. Marx lo hace identificándolo con los sujetos humanos, a los que sin embargo considera en abstracto, como representantes de una determinada clase social.

Otras vías de naturalización del sujeto trascendental kantiano a finales del siglo XIX son el darwinismo y la psicología experimental (ver Fernández Rodríguez, 1988, 1995, 2005; Fernández Rodríguez y Sánchez González, 1990, y Sánchez González, Fernández Rodríguez y Loy, 1995). Ambas sitúan la naturalización a la escala del sujeto individual, es decir, del sujeto corpóreo³. Con ellas, especialmente con el darwinismo y la psicología comparada derivada de él, se extiende a todo el mundo orgánico la operatoriedad, es decir, la “agencialidad”, entendida como característica definitoria del sujeto. El marxismo supone que sólo los seres humanos son sujetos operatorios, aunque sea mediante su enclasmiento social. El darwinismo, en cambio, plantea la exigencia de que, rompiendo la barrera kantiana entre naturaleza (animal) y libertad (humana), todos los animales sean considerados como sujetos, esto es, como agentes capaces de conocimiento. Sin la “agencialidad” de los animales, sin su actividad, ni siquiera se entiende el funcionamiento de la selección natural ni, por tanto, la evolución, puesto que la selección natural requiere la adaptación diferencial a través de la competencia, la colaboración y las *elecciones* cotidianas de los organismos (una de las justificaciones actuales de este hecho puede leerse en Gottlieb, 2002).

Pues bien, la perspectiva de Vygotski, en principio, mantiene el prejuicio según el cual sólo los seres humanos son auténticos sujetos. Este prejuicio va ligado a su uso de la semiótica. Para aplicar el marxismo a la psicología mostrando cómo la mediación dirige el desarrollo ontogenético del individuo humano, acude a la noción de “signo” como herramienta psicológica que, en nuestra especie, desempeña la función mediadora entre objeto y sujeto -o, dicho con terminología experimental, estímulo y respuesta-. Vygotski (1989) describe el desarrollo ontogenético como el paso desde comportamientos elementales, ligados directamente al estímulo, hasta comportamientos ligados a signos. Afirma que los signos median entre estímulos y respuestas y permiten, así, las funciones psicológicas superiores. Actúan como estímulos artificiales suministrados por la cultura, por el entorno social del niño, que no obstante debe reconstruirlos activamente. Esta *internalización* de los objetos culturales conlleva una transformación radical de la actividad psicológica, hasta tal punto que “los procesos psicológicos tal como aparecen en los animales dejan de existir” (Vygotski, 1989: 94). Luria, otro miembro de la Escuela de Moscú, llega a afirmar que “el sistema lingüístico históricamente

³ Lo cual, como veremos más adelante, no implica *individualismo*, puesto que el sujeto individual no es anterior a la colectividad.

formado y los códigos lógicos permiten al hombre dar el paso de lo sensitivo a lo racional” (Luria, 1987: 23).

La deriva semiótica y sociocultural del marxismo se acentúa en las concepciones de la mediación actuales, de las cuales podemos tomar a James V. Wertsch (1993) y Michael Cole (1999) como autores representativos. Quizá la posición más cercana a la idea original de mediación sea la de Cole, uno de los promotores de la Psicología Cultural. Este autor define los mediadores como artefactos: “un artefacto es un aspecto del mundo material que se ha modificado durante la historia de su incorporación a la acción humana dirigida a metas” (Cole, 1999: 114). Cole es sensible a la idea marxista de actividad como transformación de la naturaleza y se remite expresamente a ella. No obstante, asume el prejuicio, ya presente en Marx, según el cual sólo la actividad humana -pautada culturalmente- es verdadera actividad objetivadora y no mera “práctica”, de la cual la distingue expresamente. La cultura establece el paso “de lo sensitivo a lo racional”, por utilizar las palabras de Luria, y convierte las cosas en *objetos*, esto es, instrumentos con los que el ser humano se emancipa de la naturaleza.

Por su parte, Wertsch desea superar a Vygotski remitiéndose a los contextos socioculturales más amplios que el grupo donde tiene lugar lo que Berger y Luckmann (2003) han denominado la “socialización primaria” del niño: las instituciones y las situaciones culturales en que se desarrollará su vida como miembro del colectivo al que pertenece. Wertsch acude a la semiótica de Bajtín y su idea de que el lenguaje sólo se da en forma de habla y ésta se compone de “voces” cuya existencia es social, no individual. Los signos se construyen colectivamente, en medio de la pluralidad de voces. La unidad de análisis de la psicología sigue siendo la “acción mediada”, como Wertsch la llama, pero este autor subraya el carácter colectivo de las herramientas semióticas y del lenguaje mismo: “la acción típicamente humana emplea ‘instrumentos mediadores’, tales como las herramientas o el lenguaje, y [...] estos instrumentos mediadores dan forma a la acción de manera esencial. [...] La relación entre la acción y los instrumentos mediadores resulta tan fundamental que es más apropiado -al referirse al agente involucrado- hablar de ‘individuo/s que actúa/n con instrumentos mediadores’ que hablar simplemente de ‘individuo/s’” (Wertsch, 1993: 29).

Un paso más en la deriva sociocultural del concepto de mediación -quizá un paso al límite que, como creo que advierten Florentino Blanco y Tomás Sánchez-Criado (2004), rompe con el propio concepto- lo constituye la Teoría del Actor-Red defendida por Bruno Latour. Esta teoría profundiza en la relación entre acción e instrumentos mediadores subrayada por Wertsch hasta convertirla casi en una fusión entre ambos. Latour supone que la distinción entre sujeto y objeto es secundaria respecto a una estructura más básica de la cual ella sería, en todo caso, un producto al lado de otros: una red de actividades recursiva compuesta por agentes (“actantes”) que pueden ser humanos o “no humanos” (objetos estabilizados) y que conforman “colectivos” dentro de los cuales pueden darse numerosas clases de “asociaciones”. Latour (2001) afirma que la distinción entre humanos y no humanos evita

tener que habérselas con la distinción entre sujeto y objeto. Los humanos ya no son los únicos sujetos si por sujetos entendemos los agentes de la acción, pues los objetos culturales, en tanto que asociados inexorablemente a los humanos, también adquieren características de operatoriedad. La acción no es un producto de los seres humanos, sino de “asociaciones” de “actantes”. Por ejemplo, “volar es una propiedad que pertenece a toda una asociación de entidades que incluye los aeropuertos, los aviones, las plataformas de lanzamiento y las ventanillas expendedoras de billetes” (Latour, 2001: 218). El problema, a mi juicio, es que semejante generalización puede conducir a reducciones al absurdo si decimos, siguiendo el ejemplo, que la acción de volar incluye también otros agentes -humanos y no humanos- como la tinta de los billetes, los árboles con cuya madera se ha fabricado el papel de éstos, el aire que sustenta el avión, la suegra del piloto o el animal de compañía del ministro de transportes. Quiero decir que, si todo está relacionado con todo, entonces no hemos explicado nada. La explicación de la actividad exige discriminar niveles de operatoriedad (o “agencialidad”) genéricos y específicos, así como tener en cuenta el carácter instrumental que tanto los objetos como las funciones psicológicas ya estabilizadas poseen respecto a las funciones psicológicas “superiores”, que las coordinan y utilizan -en un sentido análogo a la idea de la coordinación de “esquemas” de Piaget (2003)-. Quizá Latour no necesite una teoría sobre la génesis psicobiológica de la operatoriedad para plantear su concepción del mundo como un entramado de significados. Que los psicólogos tampoco la necesitemos se antoja, sin embargo, un tanto anómalo.

Desde la perspectiva constructivista que hemos esbozado en otras ocasiones, ligada a la tradición de Baldwin, Piaget y la psicología comparada clásica (ver p.ej. Fernandez Rodríguez, 2003, Fernández Rodríguez, Sánchez González, Aivar y Loredó, 2003, y Loredó y Sánchez González, 2004), el propio concepto de mediación es tan genérico que su principal problema es que tal vez explica demasiado. Todo objeto es un mediador porque sin él ni siquiera existe el sujeto. Es cierto que la dualidad sujeto/objeto no es primaria, pero no porque derive de otras, sino porque ha de constituirse ella misma ontogenéticamente. Si una teoría psicológica es posible, lo es en la medida en que dé cuenta de esa construcción progresiva del sujeto correlativa a la del objeto. Cuando adoptamos el punto de vista del adulto, el recién nacido viene a un mundo repleto de objetos que tendrá que ir “descubriendo”. Uno de los logros fundamentales del niño será precisamente aprender a distinguir entre los objetos y los demás sujetos. A través de la interacción con estos últimos irá constituyendo su propio sentido de la subjetividad, es decir, su yo. Pero al principio, y desde el punto de vista del recién nacido, ni sujeto ni objeto existen como tales, de modo que, en última instancia, no hay nada entre lo puedan tener lugar mediación alguna. O dicho al revés: todo es mediación, porque el ambiente en que se desarrolla el sujeto está pautado colectivamente y los productos de sus acciones se convierten en condiciones para posteriores acciones, que es en lo que consiste básicamente la mediación.

3. Naturaleza, cultura y mediación

Si la mediación se especifica como mediación social o cultural y se supone que sin ella no es posible la formación de las funciones psicológicas humanas, entonces se está suponiendo o bien que fuera de la especie humana no existe lo social o bien que, en el fondo, no existe teoría psicológica posible porque el sujeto es un producto social (o ambas cosas). Berger y Luckmann (2003: 70) afirman que “el ser humano solitario es ser a nivel animal [...]. Tan pronto como se observan fenómenos específicamente humanos, se entra en el dominio de lo social. La humanidad específica del hombre y su socialidad están entrelazadas íntimamente”. Desde su concepción del yo como máscara y la actividad humana como representación dramática, Erving Goffman (2001: 68) dice que “nuestros hábitos animales son transmutados por la conciencia en lealtades y deberes, y nos volvemos ‘personas’ o máscaras”. Por su parte, Wertsch (1993: 38) subraya la idea vygotskiana según la cual la mediación transforma cualitativamente las funciones psicológicas humanas: “Una propiedad definitoria de las funciones superiores, exclusiva de los humanos, es el hecho de que estén mediadas por herramientas y por sistemas de signos, tales como el lenguaje natural”.⁴

Vygotski (1989) remite el problema al lugar adecuado -la génesis psicológica- cuando describe el desarrollo ontogenético como un paso desde comportamientos controlados por los estímulos hasta comportamientos basados en signos. Los signos son estímulos auxiliares que median entre el estímulo y la respuesta permitiendo que la relación $E \rightarrow R$ se invierta y se transforme en $R \rightarrow E$. Lo que ni Vygotski ni las teorías mediacionales basadas en su perspectiva terminan de asumir es que, en todo el mundo animal, el estímulo es *siempre* un signo, pues de lo contrario ni siquiera funcionaría psicológicamente como estímulo. La energía física no es estímulo salvo en el sentido (obvio) de que no hay estimulación sin energía física (no existe la “acción a distancia”). Si un estímulo no está *mediado*, entonces no es un estímulo. Los estímulos se recortan como tales gracias a la acción del organismo (ver Sánchez González, Loy y Paredes, 2000). Por eso carece de sentido hablar de comportamientos controlados directamente por los estímulos, como si se tratara de movimientos físicos o conductas en sentido mecanicista a partir de las cuales pudieran *emerger*, por obra y gracia de la cultura, comportamientos de carácter simbólico, es decir, auténticas actividades psicológicas. Esta dualidad equivale a un salto metafísico, carente de justificación.⁵ Desde un punto de vista psicobiológico general, un signo es cualquier estímulo que “represente” a otro, es decir, que permita

⁴ Un neokantiano orteguiano convertido al catolicismo como Manuel García Morente (1992) expresa así el corte entre animales y humanos: “Nuestra vida humana se diferencia radicalmente de la animal en que la vida del hombre se la hace el hombre mismo, mientras que la vida animal es obra de la naturaleza. [...] Pues bien: la salvación es justamente la superación de la naturaleza en nosotros y fuera de nosotros. El peligro cuya idea va implicada en el concepto de salvación, ese peligro del cual la salvación nos salva, es el peligro de ‘ser naturaleza’” (García Morente, 1992: 52-53).

⁵ Es como si nos mantuviéramos presos de la distinción wundtiana entre psicología fisiológica y psicología de los pueblos, y como si el miedo a la animalización del ser humano condujera a una alejamiento no ya de la psicología experimental, sino de la psicología misma, que con su estudio de los procesos “básicos” corre el peligro de mecanizar las funciones psicológicas “superiores”. Este miedo -sin duda fundado cuando se toman como referencia ciertas formas positivistas de hacer psicología- termina a veces por privilegiar a las ciencias sociales como patrón al cual reducir los contenidos de la psicología. La teoría del sujeto se sienta ante el tribunal de los saberes sociológicos, históricos, filológicos o antropológicos. Esto es legítimo, y necesario, pero también es necesario ejercer la reflexividad y sentar estos otros saberes ante el tribunal de la teoría del sujeto que hayamos sido capaces de establecer. No es, por supuesto, un problema de competencias gremiales, sino un problema epistemológico.

al organismo modificar su actividad en función de la experiencia previa. Un estímulo condicionado es sin duda un signo. Pero, a un nivel más elemental, los procesos de aprendizaje no asociativo (habitación y sensibilización) implican también el contraste entre apariciones sucesivas de un mismo estímulo físico, y por tanto construcción funcional del estímulo en sentido psicológico: cada estímulo remite al precedente, es decir, lo "simboliza". Estos procesos de aprendizaje básicos se dan desde los inicios de la escala filogenética, y se han investigado sistemáticamente en microorganismos unicelulares como las amebas o los paramecios.

La continuidad filogenética, que desde luego todos los autores que estamos tratando reconocen, es incompatible con la discontinuidad ontológica. La especie humana no inaugura un nuevo reino. Otra cosa es que el lenguaje humano (doblemente articulado) potencie las formas de organización social heredadas de los primeros homínidos y eleve, así, la complejidad de las estrategias de competencia y colaboración, para las cuales han de mobilizarse todos los recursos psicológicos disponibles, que adquieren, de este modo, una densidad inédita hasta entonces. El lenguaje permite la planificación o el intercambio explícito de información, lo cual implica ciertas formas de gestionar capacidades como la memoria, la atención o la percepción, y tiene que ver con pautas de socialización, división del trabajo, obtención de alimento y recursos energéticos, resolución de conflictos, identificación grupal, regulación del comportamiento, etc.

No hay procesos psicológicos "naturales" característicos de los animales y que puedan ser yuxtapuestos a los "culturales" o humanos. Por decirlo rápidamente, tan falta de "humanidad" se encuentra un ser humano fuera de la sociedad como falta de "chimpanceidad" un chimpancé fuera de su grupo o de "leonidad" un león fuera de su manada. Las sociedades humanas se asientan en un medio cultural y tecnológicamente muy complejo que es constitutivo de las formas de vida de los miembros de esas sociedades, pero es tan constitutivo, tan "natural", como pueda serlo la sabana para el león o la selva para el chimpancé, sin olvidar que la sabana y la selva incluyen relaciones de competencia y colaboración inter e intraespecíficas sin las cuales ni leones ni chimpancés existen como sujetos. Las funciones psicológicas se hallan al servicio de esas formas de vida, y no al servicio de un "mundo en sí". Por eso las teorías mediacionales hacen bien al subrayar que el sujeto no es algo así como una esencia enfrentada a un mundo exterior de objetos preexistentes, sino que -en un sentido muy preciso ligado a su propia constitución como diferente de otros sujetos y de los objetos- el sujeto está en el objeto y viceversa. Latour (1998: 300) lo dice así: "¿Median [los artefactos] nuestras acciones? No, ellos son nosotros". En el caso humano, el elevado grado de normatividad que preside nuestro espacio vital y las diversas normas histórica y culturalmente existentes, justifican la pertinencia de los análisis de Berger y Luckmann sobre la mediación de la sociedad en la interpretación del mundo, los de Goffman sobre las estrategias de relación social o los de la Escuela de Moscú sobre las diferencias culturales en la resolución de tareas. Pero este tipo de análisis no demuestran que las funciones psicológicas sean un producto social, sino que se hallan al servicio de

la vida en un escenario poblado por objetos y sujetos con los que el sujeto al que definen esas funciones se relaciona de modos diversos.

En definitiva, el concepto de mediación habría que extenderlo a todo el mundo orgánico. Claro que eso equivale a olvidarse de él como si hubiera muerto de éxito: todo es mediación, luego nada es mediación. Ahora bien, eliminar la mediación no significa eliminar el par sujeto/objeto, como quiere Latour. Por definición, el sujeto sigue siendo la única sede posible de la "agencialidad", y el objeto es una producción estabilizada (objetiva) de la actividad de aquél, con la que tiene que contar para continuar constituyéndose como tal sujeto y objetivando, así, nuevas dimensiones del mundo. Los humanos ya no son los únicos sujetos, pero no porque los objetos tecnológicos también puedan serlo, como supone Latour, sino porque hay tantos sujetos no humanos como miembros de especies zoológicas. Desde esta perspectiva, la idea de que los objetos culturales o tecnológicos transforman psicológicamente al ser humano no es que sea falsa: es que supone la existencia de algo así como una estructura psicológica "natural" previa a la mediación sociocultural o lingüística. La escisión entre naturaleza y cultura, o entre animales y humanos, cruza este tipo de planteamientos. En unos casos (Vygotski) se intenta preservar una teoría psicológica del sujeto, mientras que en otros (Goffman, Wertsch) esa teoría se desliza hacia categorías sociológicas, lingüísticas, semióticas o antropológicas.

De hecho, la sentencia del muerte del sujeto proclamada por Hegel está detrás de las tendencias representadas por la Psicología Cultural de Cole o Wertsch, la sociología del conocimiento de Berger y Luckmann o la perspectiva del sujeto como actor de Goffman. La diferencia es que el Espíritu se ha convertido en Cultura o en Sociedad. Sin duda, hay un alejamiento de la sensibilidad psicológica de Vygotski, que advertía contra la reducción del sujeto a condición de mero reflejo de la sociedad (Vygotski, 1989: 78). Aunque -a diferencia de Piaget- partía de la discontinuidad entre acción natural y acción mediada, describía la construcción progresiva de las funciones psicológicas superiores desde el punto de vista del sujeto. Incluso el marxismo clásico, pese a su idea del trabajo humano como fuerza emancipadora de la naturaleza, tenía muy presente el evolucionismo e insistía en la pertenencia del ser humano a ella. En un opúsculo de Engels titulado *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre* se expresa a la perfección esa idea:

Lo único que hacen los animales es *utilizar* la naturaleza exterior y modificarla por el mero hecho de su presencia en ella. El hombre, en cambio, modifica la naturaleza y la obliga así a servirle, la *domina*. Y ésta es, en última instancia, la diferencia esencial que existe entre el hombre y los demás animales, diferencia que, una vez más, viene a ser efecto del trabajo.

Sin embargo, no nos dejemos llevar del entusiasmo ante las victorias del hombre sobre la naturaleza. Después de cada una de estas victorias, la naturaleza toma su venganza. Bien es verdad que las primeras consecuencias de estas victorias son las previstas por nosotros, pero en segundo y en tercer lugar aparecen unas consecuencias muy distintas, imprevistas y que, a menudo, anulan las primeras. [...] Así, a cada paso, los hechos nos recuerdan que nuestro dominio sobre la naturaleza no se parece en nada al dominio de un conquistador sobre el pueblo conquistado, que no es el dominio de alguien situado fuera de la naturaleza, sino que nosotros, por nuestra carne, nuestra sangre y nuestro cerebro, pertenecemos a la naturaleza, nos encontramos en su seno, y todo nuestro dominio sobre ella consiste en que, a diferencia de los demás seres, somos capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas adecuadamente (Engels, 1988: 13-14).

En las teorías mediacionales más alejadas del marxismo y más ligadas a la semiótica o a la sociología, en cambio, se acentúa el corte entre naturaleza y cultura, y al mismo tiempo se trasladan las características propias del sujeto (la operatoriedad o “agencialidad”) a las fuerzas socioculturales. La idea marxista de las clases sociales como sujetos colectivos se convierte en la concepción de la sociedad misma como un sujeto colectivo. En lugar de tratarse como una colectividad de sujetos individuales relacionados asimétricamente -tal y como exigiría una teoría psicológica-, la sociedad se concibe ella misma como un sujeto que, al modo del Espíritu hegeliano, constituye la sede de la “agencialidad”.⁶

4. Las tecnologías del yo (y de los otros)

4.1. El planteamiento sociocultural

Florentino Blanco (2002) subraya que el desarrollo histórico de las teorías del sujeto ha ido paralelo, como no podía ser menos, al de una serie de prácticas de regulación del comportamiento que, siguiendo a Foucault, remite a las técnicas de autorrevelación de los epicúreos y los estoicos, las cuales se transformarían merced a la confesión cristiana en técnicas introspectivas que, en el origen de la subjetividad occidental moderna, darían lugar a técnicas, ya secularizadas, de carácter institucionalmente psicológico. Blanco vincula el desarrollo de las prácticas de autorrevelación a unas filosofías morales que advirtieron que “el sujeto no es ya sólo naturaleza. La idea [aristotélica] de un alma biológica, de cuya funcionalidad dependen incluso las formas de vida más simples, se va desplazando a la esfera de las tecnologías del yo implicadas en el cuidado del cuerpo” (Blanco, 2002: 184). Un poco más adelante, Blanco elige la figura del padre de familia burgués como arquetipo del sujeto occidental moderno, esto es, del sujeto autónomo, y relaciona la crisis de este tipo de subjetividad con la eclosión de la psicología clínica, que vendría a restituir a su carácter de sujetos a todos aquellos miembros de la sociedad (niños, mujeres, enfermos...) que, sin ser padres de familia, reclaman su autonomía y experimentan conflictos personales por no poseerla. La psicología dominante intentaría ajustar al modelo del sujeto autónomo esas otras subjetividades lesionadas extrayendo del mundo el conflicto al que están sometidas para “colocarlo en el espacio inocuo y políticamente inoperante de lo psíquico” (Blanco, 2002: 187). Una tesis similar respecto al origen de la psicología clínica ha sido sostenida, con distintas modulaciones, por Marino Pérez Álvarez (1992) y Juan Bautista Fuentes (1994).

⁶ El tiro de gracia a la escisión entre naturaleza y cultura lo dispara una adecuada interpretación de la teoría darwinista de la selección natural en términos de lo que Baldwin denominaba “selección orgánica” (Loredo, 2004), una perspectiva cada vez más reivindicada por los autores evolucionistas y por algunos psicólogos (ver una exposición crítica en Sánchez González y Loredo, 2005). Dicho muy brevemente, la teoría de la selección orgánica supone que en todo el árbol filogenético es el comportamiento, entendido como actividad operatoria irreducible al efecto del ambiente o de los genes, el que pone a prueba las variaciones genéticas aleatorias y, con ello, funciona como criterio de selección y, por tanto -a la larga-, de transformación morfológica, es decir, de evolución. Los organismos no son meros productos del encuentro entre los genes y el ambiente, ni su actividad pura consecuencia del instinto o de la estimulación “externa”. Los organismos construyen su propia adaptación, y para ello hacen uso de los objetos (del medio) y se relacionan con los demás organismos, compitiendo o colaborando con ellos. Además, ese uso genérico del medio y de las relaciones entre los sujetos es el que está detrás de las formas de organización sociocultural específicamente humanas. La cultura, entendida como uso del medio, penetra en toda la escala natural a través de las actividades de los organismos.

Es fácil aplicar el reduccionismo sociocultural -tal como lo traté anteriormente- a la explicación histórica de las tecnologías psicológicas. Éstas consistirían en instrumentos que la sociedad pone a disposición de sus miembros para gestionar los conflictos objetivos que ella misma produce y a los cuales la psicología académica, como disciplina institucionalizada, haría aparecer sin embargo como conflictos subjetivos, y así serían experimentados por los propios sujetos que los padecen, sometidos como están a la normatividad de la sociedad en que viven. Es evidente que, en la medida en que nos alejemos de la perspectiva sociocultural -aplicada a las tecnologías del sujeto o a los sujetos mismos-, nos veremos obligados a cuestionar esa imagen de los conflictos psicológicos como puro reflejo subjetivo de problemas sociales. Si es posible una psicología irreductible tanto a las neurociencias como a las ciencias sociales, entonces no podemos considerar al sujeto como una especie de marioneta de la sociedad. Por eso nuestra renuncia a firmar la sentencia de muerte del sujeto vale tanto para la psicología académica o teórica (la teoría del alma a la que aludía Blanco, que va desde Aristóteles a Darwin y Wundt pasando por Kant) como para las diversas formas de psicología aplicada identificables históricamente, ya sean previas a la institucionalización de la psicología como disciplina científica (las tecnologías del yo y las técnicas de control social), ya sean posteriores a la misma (las terapias psicológicas y las diferentes formas de intervención que, aunque manifiestan continuidades con las técnicas "precientíficas", se ven influidas por la psicología académica).⁷

Las fuentes primarias a través de las cuales reconstruir una historia de las técnicas psicológicas constituyen un filón cuya exploración a menudo parece importar menos a los psicólogos que a los historiadores de las mentalidades como Aaron Gurevich (1997) o a los filósofos como Michel Foucault (1989, 1990, 1992, 1996). Es como si la preocupación del gremio de los psicólogos por presentarse como científicos de la conducta y de la mente que ofrecen técnicas eficaces para solucionar trastornos bloqueara cualquier posibilidad de vincular su labor con la que desempeñaban los sacerdotes, las institutrices, los filósofos morales o los alienistas⁸. Por ejemplo, cuando se rastrean los orígenes históricos de la terapia de conducta suele olvidarse que siempre han existido prácticas de modificación de conducta regladas en ámbitos como la educación infantil o el adiestramiento de animales. La ideología más extendida al respecto, sin embargo, es la que refleja la siguiente

⁷ En realidad, cuando algunos enfoques fían cualquier posible construcción operatoria a una "exterioridad" sociocultural, es porque en el fondo están aceptando una determinada forma de entender el sujeto: la mentalista, que procede del empirismo inglés. El mentalismo sitúa el escenario de la construcción en un "interior" (la mente) cuya relación con el mundo "externo" será siempre opaca (ver Fernández, 1996, y Fernández et al, 2003). La otra manera de asumir este dualismo ha sido la conductista, que traslada la operatoriedad a la "exterioridad" ambiental. Pues bien, sólo si aceptamos -conscientemente o no- el dualismo entenderemos las tecnologías psicológicas como formas de descubrimiento de la interioridad, de control conductual o de dramatización teatral del sujeto en una sociedad-escenario que funcionaría como "ambiente" al que su comportamiento se somete.

⁸ Thomas Szasz (1981) mostró en su día la continuidad entre la labor de la Inquisición y la de la psiquiatría moderna. Este tipo de continuidades, que tal como las presenta Szasz son tan reales como descorazonadoras, también pueden servir para mostrar que, aunque siempre ha habido y habrá "control" psicológico -precisamente porque el sujeto se constituye en interacción con otros-, no toda forma de control es ética o políticamente defendible. Se trata, entonces, de discutir los fundamentos y los fines de las instituciones psiquiátricas y psicológicas que capitalizan ese control. Las instituciones no son intrínsecamente perversas. Su perversidad vendrá dada, en todo caso, por su funcionamiento y sus objetivos, no por su mera existencia. Por supuesto, no me estoy refiriendo tanto a los centros de internamiento cuanto a la existencia institucional misma de la psicología y la psiquiatría aplicadas.

afirmación, extraída de un manual de terapia de conducta bastante utilizado en España: “Cuando la psicología fue capaz de abandonar las especulaciones filosóficas a favor de la metodología científicoexperimental, el terreno estaba preparado para que la terapia de conducta germinase” (Franks, 1995: 3).⁹

Tanto Gurevich como la socióloga Helena Béjar (1993) han estudiado los orígenes de la concepción occidental moderna del individuo acudiendo a fuentes tan diversas como los tratados morales y políticos, los ensayos filosóficos y sociológicos, las memorias y autobiografías, las sagas escandinavas, la literatura o las confesiones¹⁰. La obra de Gurevich nos interesa más porque analiza fuentes donde se *ejercen* de hecho las concepciones del individuo que preparan el camino de la modernidad (p.ej. los aforismos de la sabiduría popular o las autobiografías), mientras que Béjar se limita a comentar, en diálogo con numerosas fuentes secundarias contemporáneas, algunas obras donde esas concepciones se *representan*, es decir, se formulan y discuten (p.ej. los escritos de Rousseau, Kant o Durkheim). Además, Gurevich muestra que es difícil hablar del surgimiento del individuo como si éste saliera de la nada, es decir, como si fuera un puro producto sociohistórico independiente de los sujetos de carne y hueso, cuyo comportamiento, eso sí, intentan regular las diversas ideologías individualistas. Él lo dice así: “La individualidad se forma en unas condiciones histórico-culturales determinadas, y en unas sociedades toma conciencia de sí como tal y se expresa, mientras que en otras sociedades domina el principio de grupo, de clan. Además, la personalidad es una cualidad inalienable de la esencia del hombre que vive en sociedad. Pero en los distintos sistemas socioculturales la personalidad adquiere cualidades específicas” (Gurevich, 1997: 19). Así, que en la antigüedad se juzgaran las diferencias individuales de acuerdo con arquetipos no significa que los sujetos de entonces carecieran de conciencia personal, sino que ésta no se consideraba como emanada de la intimidad de cada cual.

No obstante, es Foucault el autor más relevante a efectos de las cuestiones que nos interesan aquí, ya que ha analizado fuentes primarias al igual que Gurevich pero lo ha hecho como parte de un programa de reconstrucción de la genealogía misma del sujeto en la sociedad occidental, ligado además a una descripción de los procesos concretos por los que tiene lugar el control de unos sujetos sobre otros (la “microfísica del poder”).

⁹ Aunque mantiene el corte entre psicoterapia científica y precientífica, José María López Piñero (2002) es más riguroso cuando se remonta a los “tratamientos psíquicos” basados en ideas mágico-religiosas, en concepciones filosóficas y en prácticas médicas. Entre las fuentes que menciona se hallan la *Retórica* y la *Poética* de Aristóteles, la “dietética” de Diocles de Caristo, las ideas estoicas sobre el autodomínio, el tratado de Descartes acerca de las pasiones, la *Antropología pragmática* de Kant y los escritos clínicos del *Corpus Hippocraticum* sobre la epilepsia, así como otros de Galeno, Paracelso, Boerhaave y médicos del siglo XVIII como Haller, Gregory o Tissot. Desde luego, no olvida los antecedentes más inmediatos de la psiquiatría como el “tratamiento moral” de Pinel, el “método curativo psíquico” de Reil y la “dietética anímica” de Feuchtersleben, ni tampoco las diversas formas de sugestión e hipnotismo, a las que dedica el grueso del libro.

¹⁰ Si bien bordea lo propiamente psicológico, el estudio de Alicia Langa (1990) sobre las formas de vida europeas del siglo XIX tal como aparecen en los textos literarios constituye un interesante ejemplo de uso de este tipo de fuentes para analizar aspectos de las “mentalidades” colectivas que se muestran muy útiles si queremos entender en qué sistema de valores viven los sujetos de una determinada época y lugar.

Tal como ha sugerido Fernández Liria (1992), Foucault parece enfrentarse al problema del sujeto suponiendo que, si suspendiéramos todas las constricciones sociales instauradas a través de los diversos mecanismos de control y ejercicio del poder, el sujeto podría pensarse como una especie de entidad originaria indeterminada, concebida como pura espontaneidad no sometida a normas. Lo paradójico es que, a pesar de la crítica foucaultiana a la naturalización del sujeto, esa entidad originaria recuerda demasiado al *ello* freudiano, y por tanto a un conjunto de pulsiones biológicas previas a la socialización o latentes por debajo de ésta. En ocasiones es el cuerpo el que aparece como sede de esa realidad primaria e indeterminada, y Foucault llega a referirse al alma -"el elemento en el que se articulan los efectos de determinado tipo de poder y la referencia de un saber"- como "prisión del cuerpo" (Foucault, 1992: 56). Esta metáfora es muy reveladora: da la vuelta a la metáfora cristiana del cuerpo como cárcel del alma a base de negar toda estructura posible al sujeto, toda lógica psicológica. El sujeto no puede ser otra que una producción sociocultural consecuencia de cierta forma de ejercerse el poder. Foucault, consciente del riesgo de que, si el sujeto se elimina sin residuo, la naturaleza regrese por la puerta trasera a través del cuerpo, lo sustituye a veces por algo tan abstracto e inespecífico como el "murmullo incesante y desordenado" del discurso (Foucault, 1999: 51). El discurso es la realidad primordial. No se trata, obviamente, de un discurso ajustado al patrón del lenguaje formal, sino de un discurso que podemos identificar con el lenguaje natural en sentido wittgensteiniano. Es un discurso indeterminado, previo a cualquier normatividad.

Esta idea de la muerte del sujeto en manos del discurso la comparten los foucaultianos con otros devotos del lenguaje como Gadamer, Ricoeur o Heidegger -de quien Foucault reconoce influencia junto a la de Nietzsche, Husserl y Sartre-. Para ellos el lenguaje se parece a una estructura que encubre y a la vez nos da acceso a un mundo primigenio donde no existe la dualidad entre sujeto y objeto. En el fondo, en ese mundo primigenio ya está dado todo y la construcción del conocimiento es una mera ilusión filosófica inaugurada por la tradición platónica occidental. La siguiente declaración anti-constructivista de Heidegger es bien conocida:

Estamos muy lejos de pensar la esencia del actuar de modo suficientemente decisivo. Sólo se conoce el actuar como la producción de un efecto, cuya realidad se estima en función de su utilidad. Pero la esencia del actuar es el llevar a cabo. Llevar a cabo significa desplegar algo en la plenitud de su esencia, guiar hacia ella, *producere*. Por eso, en realidad sólo se puede llevar a cabo lo que ya es. Ahora bien, lo que ante todo 'es' es el ser. El pensar lleva a cabo la relación del ser con la esencia del hombre. No hace ni produce esa relación. El pensar se limita a ofrecérsela al ser como aquello que a él mismo le ha sido dado por el ser. Este ofrecer consiste en que en el pensar el ser llega al lenguaje. El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre" (Heidegger, 2000: 11).

Giorgio Agamben (2005, caps. 12-16) nos recuerda cómo el filósofo germano se esforzó -con dudas y contradicciones- por definir la esencia del ser humano en términos de "apertura" frente al "aturdimiento" constitutivo del animal. El ser humano explora el mundo; el animal se limita a responder a su ambiente. La fenomenología ha cultivado también esa idea según la cual el ser humano posee *mundo* mientras que el animal sólo posee *ambiente*. El mundo, entonces, aparece como algo dado, desvinculado de sus raíces psicobiológicas y ajeno a cualquier idea de construcción. En general, las tradiciones foucaultianas y posmodernas influidas por Heidegger nunca ha saldado las cuentas con el darwinismo y el problema del sujeto entendido como organismo. Estas cuentas

pendientes asoman en cualquier tratamiento de cuestiones psicológicas que, como el de Foucault, intente explicar la constitución de la subjetividad sin regresar al espacio psicobiológico en donde ésta tiene su génesis.

4.2. El planteamiento psicológico

¿Cómo entender las tecnologías del yo desde un punto de vista constructivista como el ejercido hasta aquí? Responder esta pregunta, o al menos plantear las condiciones para responderla, exige obviamente definir algún tipo de teoría del sujeto, o lo que es lo mismo, definir de algún modo la psicología. En principio, y en términos generales, hablaremos de psicología allá donde identifiquemos una teoría del sujeto. Las prácticas psicológicas son filogenéticamente tan antiguas como lo requiere el hecho de que el comportamiento del sujeto dependa del de sus presas, sus depredadores o los miembros de su misma especie, lo cual exige diversos grados de previsión y de interacción y modificación recíproca de las actividades (la caza cooperativa que emplean muchas especies de mamíferos constituye un magnífico ejemplo de cómo el comportamiento propio ha de contar con la anticipación del de los compañeros). Podríamos, pues, reservar el término de “técnicas” psicológicas para los casos en que esas prácticas aparezcan organizadas explícitamente, lo que exige una toma de conciencia de que funcionan (p.ej. la interacción cotidiana entre las personas es una práctica que se convierte en técnica cuando se pauta en forma de reglas de urbanidad). Si además juzgamos como válidos o de alcance universal los principios que, en su caso, justifican ese funcionamiento técnico, podremos estar ante una teoría del sujeto propiamente dicha, una teoría del sujeto cuyo carácter científico es secundario respecto al hecho de que se formule como teoría del sujeto y no como mera sistematización de prácticas de autocontrol o de control social. Se trata del tipo de teoría del sujeto que atribuimos a Kant y que, si se quiere, adopta un formato “científico” a través de la biología evolucionista y la psicología experimental. En este caso estamos otorgando al término “teoría” la densidad que le proporciona el adjetivo “científica”, pero no estamos despreciando lo técnico como mera práctica ciega, porque tampoco estamos ensalzando lo científico como verdad absoluta desligada de su génesis práctica¹¹. Simplemente estamos ensayando criterios para discriminar planos o grados del ejercicio y la representación del saber psicológico, criterios cuyo rendimiento habría que poner a prueba en el en el análisis de las prácticas y teorías psicológicas históricamente dadas.

¹¹ En otros lugares hemos vinculado la preocupación por las tecnologías psicológicas precientíficas con la tesis del origen técnico de las ciencias (Cano et al, en prensa; Loredó, 1995, 1998, en prensa, y Rodríguez García et al, en prensa). Esta tesis, de orientación marxista, pero cultivada también por la tradición fenomenológica -procede de Dilthey-, supone que las ciencias no surgen tras la aplicación del “método científico” a los viejos problemas filosóficos -según refleja el esquema positivista del “árbol de las ciencias”-, sino como reorganización de técnicas previas. Childe (1954), Farrington (1974, 1986) y Vegetti (1981) han estudiado la medición y el cálculo administrativo como germen de las matemáticas, la agrimensura como precursora de la geometría, la relación entre las prácticas curativas y la primera medicina, las relaciones de las técnicas textiles, metalúrgicas y alfareras con las filosofías naturales presocráticas, y las de observaciones y prácticas de cazadores y pescadores con la primitiva biología. (Para una valoración crítica de la tesis del origen técnico de las ciencias, ver C.J. Blanco, 2002). Aplicar ese mismo esquema a la psicología exigiría rastrear todo tipo de técnicas de regulación y normalización del comportamiento propio y ajeno, como la caza, la pesca y otras artes de subsistencia, así como las tecnologías del yo (confesión, mnemotecnía, áscesis...), las técnicas de educación y control e interacción social (formación del carácter, urbanidad, cortesía, retórica...), etc. Dentro de un momento ofreceré una pequeña enumeración de este tipo de técnicas.

Desde un punto de vista ontogenético, podemos entender la construcción social del individuo como la construcción de un auténtico sujeto en interacción con otros sujetos. La cultura no *produce* la subjetividad. Los sujetos cuentan con sus mecanismos de apropiación de la cultura (o mejor, de la "parte" de ésta que les toque de acuerdo con su grupo social y su lugar dentro de él). De lo contrario, ni se constituirían como sujetos sociales (aunque seguirían siendo sujetos socializados, p.ej., dentro de una manada de mamíferos, como los "niños salvajes"), ni la propia sociedad existiría como tal. La cultura es un sistema de funciones de supervivencia normativizadas, y es ante todo cultura objetiva, material. La cultura "simbólica" constituye un modo de modular la cultura material que le confiere más potencia y alcance, y que en todo caso no puede desprenderse de ella. Los miembros de una cultura utilizan ese bagaje material y simbólico -por seguir empleando la dualidad- para vivir, y al utilizarlo lo ponen a prueba, lo transforman y lo transmiten a sus sucesores. Las innovaciones no caen del cielo de la cultura, sino de las actividades de los sujetos, que precisamente gracias al sistema de funciones sociales se universalizan (o, al menos, *se pueden* universalizar: que lo hagan o no guarda una relación indirecta con su eficacia).

Lejos del solipsismo, partimos de un sujeto que se constituye como tal estableciendo la diferencia entre las cosas (los objetos) y los demás sujetos. El niño debe diferenciar a su madre de las sábanas de la cuna o del sonajero, y esta diferencia la establecerá a medida que aprenda que las cosas se agotan en sus propias operaciones sobre ellas mientras que los sujetos poseen una operatoriedad propia -al igual que él mismo la posee como sujeto- pero diferente de la suya en la medida en que los otros se van revelando también como yo, irreductibles a objetos porque su operatoriedad, siendo equivalente a la "mía", es al mismo tiempo distinta. De ahí, además, que los objetos comiencen a aparecer, desde el punto de vista del propio niño, como objetos compartidos, esto es, susceptibles de ser manejados por la operatoriedad de otros sujetos. La idea piagetiana de la superación progresiva del egocentrismo como condición del desarrollo del niño en tanto que sujeto recoge precisamente este hecho: que el niño se constituye como sujeto porque se desarrolla en medio de una pluralidad de sujetos. Es aquí donde se encuentra el núcleo de lo que a menudo se denomina "la formación social del yo".

Ahora bien, la formación social del yo incluye muchos planos que se suceden ontogenéticamente y que es preciso distinguir. Las perspectivas socioculturales pacen asumir a menudo que esa formación social del yo consiste en una producción estricta de las diversas formas de subjetividad por parte de la cultura dominante en cada momento histórico. Sin embargo, la secuencia de la génesis social del yo exige distinguir, al menos, entre *organismo*, *sujeto*, *yo* y *persona*. Los momentos de aparición onto, filo e historiogénica de cada una de estas entidades, sus solapamientos y sus desajustes, deberían precisarse, aunque hacerlo rebasa los límites de este trabajo (y los míos). Baste indicar, a modo de ejemplo, que una ameba es un organismo (un conjunto de partes coordinadas respecto a su *Umwelt*) pero no una persona ni un yo, aunque sí sea

un sujeto (pues posee autonomía funcional); un feto humano es un organismo pero no un yo ni una persona (salvo para algunos teólogos) ni tampoco un sujeto; un chimpancé es un organismo, un sujeto y un yo, pero no una persona (es capaz de identificar individualmente a los miembros de su grupo, reconocer su propio lugar dentro de él e interactuar con ellos de acuerdo con la atribución de características psicológicas en alguna medida similares a las propias, aunque no por ello lo incluimos en una sociedad humana como sujeto de derechos y deberes, pues su configuración psicológica, su estructura motivacional, lo hace imposible). Pues bien, cuando se alude a la formación social del yo a menudo se confunden sujeto, yo y persona. De hecho, aquello a lo que suele atribuirse una conformación social es lo que podríamos considerar el nivel superior: la persona, que exige un determinado contexto sociopolítico para existir como tal.

El psicólogo norteamericano James Mark Baldwin (1897) hablaba de tres etapas ontogenéticas en la formación humana del yo: la proyectiva (distinción entre objetos inanimados y sujetos, que es un caso particular de la disociación sujeto/objeto), la subjetiva (apropiación de unas estrategias de acción frente a otras) y la eyectiva (reconocimiento de que los otros sujetos tienen también sus propias estrategias de acción características). La verdadera potencia del estudio de la influencia que sobre el sujeto ejercen las diversas tecnologías del yo y los diversos sistemas de control y coacción socioculturalmente implantados vendría dada por un análisis del proceso por el cual este tipo de tecnologías entran a formar parte de la relación entre el sujeto en desarrollo y los demás sujetos en cada una de las tres etapas mencionadas. La etapa proyectiva quizá sea un tanto inespecífica por lo que respecta a la mediación sociocultural. La subjetiva, en cambio, incluye alternativas de acción y, por tanto, apropiación de unas u otras de acuerdo con el contexto cultural implicado. La etapa eyectiva inaugura la reciprocidad, la asimetría y la conciencia de que unos sujetos desempeñan funciones distintas a las de otros. Por ejemplo, el niño típico de la sociedad occidental moderna va diferenciando subjetividades sometidas (las mujeres) a otras capaces de una mayor autonomía (los hombres), y va situándose a sí mismo como sujeto en ese juego de "poderes".

Desde un punto de vista filogenético, las prácticas psicológicas nos remiten, como era de esperar, a actividades colectivas reglamentadas que tienen que ver tanto con las relaciones dentro del grupo como con las relaciones con otras especies. La predación y la organización social se dan en numerosas especies animales. Exigen un determinado reparto de papeles entre los individuos del grupo y un conocimiento preciso del medio y de las costumbres de las presas, e implican toda una serie de técnicas de acercamiento, acecho y ataque. Nuestros antecesores más cercanos, los grandes simios, poseen formas de relación social muy complejas que requieren un control preciso del comportamiento de los congéneres para gestionar los conflictos o para cooperar a la hora de obtener alimento y cuidar a las crías, y un grado de autocontrol suficiente como para actuar con previsión de los efectos del comportamiento de uno mismo sobre los demás en función del puesto que cada uno ocupa en el grupo y de las relaciones previas (ver De Waal, 1993, 1997). Podemos hablar aquí, pues, de prácticas psicológicas en el sentido de que se basan en el conocimiento del comportamiento

ajeno y en el control del propio. La hominización potenció enormemente la posibilidad no sólo de la transmisión cultural de estrategias de organización social y de enfrentamiento con otras especies -algo que ya se da en otros mamíferos-, sino también la cristalización y extensión de esa transmisión gracias, en un primer momento, al lenguaje hablado y, más tarde, a la escritura. Con ello asistimos a lo que podemos denominar la historiogénesis de las prácticas psicológicas. El último escalón en el desarrollo de estas prácticas aparece cuando pasan a formar parte de núcleos de conocimiento científico con el desarrollo de la psicología comparada, la etología, la psicología social, la biología, las ciencias sociales, etc.

Históricamente, las tecnologías psicológicas no se dan, desde luego, en un vacío teórico. Su uso viene justificado por ciertas ideas acerca del alma, la dignidad, el sufrimiento, la sociedad, la religión, la ética, etc. Son ideas que encierran ciertas concepciones del sujeto más o menos implícitas, y en ese sentido constituyen recortes del sujeto previos a la formulación del concepto moderno de sujeto por parte de Kant (Fernández Rodríguez, 1995)¹². En todo caso, antes del siglo XVI las concepciones psicológicas dependen de un contexto teológico, y el “sujeto” prototípico era Dios en tanto que creador. Con el humanismo renacentista la definición del sujeto va trasladándose hacia el ser humano como constructor del mundo. Después de Kant y la eclosión del darwinismo y el ateísmo, esa idea de construcción adquiere fuerza y el sujeto prototípico comienza a ser un sujeto orgánico, natural.

En general, y aunque los procedimientos sean similares, en cada momento histórico las tecnologías psicológicas significan cosas distintas en función de su contexto científico e ideológico. Los químicos siguen mezclando sustancias, calentándolas o tiñéndolas, pero su trabajo tiene ya poco que ver con el de los alquimistas o los encargados de teñir telas. Aunque las técnicas psicológicas contemporáneas tengan como referencia a las técnicas antiguas, podemos suponer que las superan no sólo en cuanto a su eficacia (alimentada, sin duda, por innovaciones científico-académicas), sino también en virtud del sistema de valores o fines en el cual se enmarcan, aunque sólo en la medida en que juzguemos este sistema como “mejor” que al anterior, claro está. Dicho rápidamente: si bien como técnicas más o menos eficaces que son pueden funcionar en diferentes sistemas de valores, se han gestado en y contribuyen a perpetuar un tipo de sociedad -la sociedad occidental moderna- en la cual adquieren un nuevo sentido. Conservan analogías con sus precursoras, pero también difieren de ellas. Por ejemplo, podemos considerar a la confesión como una “terapia”, pero la terapia psicológica actual desborda a la confesión tanto por su refinamiento técnico intencionado como porque está -se supone- al servicio de un sujeto definido como “ciudadano”, y no al servicio de un “hijo de Dios” cuyo comportamiento se regule en virtud de dogmas morales externos.

¹² Kant recoge esos recortes en su *Antropología pragmática*, donde recopila numerosas prácticas e ideas psicológicas “mundanas”. La coordinación de éstas con su teoría del sujeto es, sin embargo, problemática, puesto que tal teoría está formulada a la escala del sujeto trascendental, y no a la de los sujetos de carne y hueso de la *Antropología*.

5. Pequeño catálogo de tecnologías psicológicas

Vamos a pasar lista ahora al tipo de prácticas sobre las que podría recaer un análisis como el que se desprende de lo dicho hasta aquí. Me voy a limitar a enumerar, a beneficio de inventario, categorías de fuentes primarias susceptibles de ser clasificadas en ámbitos de técnicas psicológicas de distinta índole¹³. Todas ellas constituyen, si se quiere decir así, formas de “mediación” entre unos sujetos y otros -o del sujeto consigo mismo-, por cuanto que consisten en procedimientos utilizables virtualmente por cualquier individuo o grupo para controlar su propia actividad o la actividad ajena. Por supuesto, en la referencia a prácticas concretas no pretendo ser exhaustivo. Por otro lado, y en aras de la brevedad, he evitado los ejemplos textuales porque pueden encontrarse fácilmente en las fuentes primarias y secundarias que cito en cada caso, entre ellas algunos trabajos nuestros a los que me referí en la presentación.

5.1. Tecnologías del yo

Foucault (1990) ha denominado así a las técnicas de autocontrol helenísticas y cristianas, decisivas en la historia del “cuidado de sí”, complemento indisoluble del conocimiento de sí mismo sobre el que suele hacer hincapié la historiografía intelectualista cuando aborda la filosofía clásica. Las tecnologías del yo que trata Foucault son la mnemotecnica (ligada al examen de conciencia), la “escritura de sí” (cuadernos de notas y correspondencia privada¹⁴; ver Foucault, 1989), la ascesis (dominio del yo a través de la meditación y la práctica) y, dentro ya del cristianismo primitivo, la *exomologesis* (revelación pública dramatizada del yo) y la *exagouresis* (verbalización de los pensamientos ante un superior), antecedentes inmediatos de la confesión, que conoce su edad dorada entre los siglos XIII y XVIII (Delumeau, 1992; Le Goff, 1983). Estas técnicas incluyen procedimientos de autoevaluación y autoinforme, de exposición imaginaria y en vivo a situaciones problemáticas, de escucha activa, de uso del lenguaje no verbal o de discusión cognitiva (Loredo, 2005). Por otra parte, Gurevich (1997, cap. 5) analiza el género literario de las autobiografías, que eclosionó en los siglos XII y XIII, como forma de confesión pública por escrito que, pese a su obsesión por revelar la autenticidad de quien narra su vida, se acoge a estereotipos y lugares comunes que sirven como estrategia retórica para justificar apologeticamente esa vida.

A esas tecnologías del yo podemos añadirles otras prácticas que conciernen también al cuidado de sí mismo y a la regulación del comportamiento. Por ejemplo, sin salir del contexto religioso, cuya

¹³ En lengua española, las editoriales París-Valencia, de Valencia, y Maxtor, de Valladolid, cuentan en sus fondos con numerosas ediciones facsímiles de fuentes primarias antiguas relacionadas con la educación, la caza, la domesticación y otras actividades que requieren técnicas psicológicas.

¹⁴ Con el paso de los siglos terminarían apareciendo los diarios íntimos como tecnologías del yo basadas en la “escritura de sí” típicas de la individualidad burguesa (Corbin, 2001: 430 y ss.). Los diarios funcionan como una especie de interlocutor silencioso (“Querido diario...”) al cual rendir cuentas de los sucesos vividos durante el día. La escritura sirve para objetivar los problemas cotidianos y, de ese modo, comprenderlos y abordarlos mejor.

finalidad era evitar o redimir el pecado¹⁵, los libros de horas constituían métodos estandarizados para organizar la vida a lo largo del día, pautando con la máxima precisión las actividades laborales, los rezos y, en su caso, lo que hoy denominaríamos ocio (un ej. en Ortiz de Taranco, 1951). Proceden también del cristianismo primitivo, y en concreto de la regulación del tiempo en las comunidades religiosas y, más tarde, en los monasterios. Inicialmente se basaban en la idea de que toda la actividad del creyente a lo largo del día tenía que ir dirigida de un modo a otro a Dios, aunque posteriormente su uso se extendió entre las familias nobles -se conserva, p.ej., el de Isabel la Católica-, y la concepción de la vida como una continua oración se fue flexibilizando (Ashley, 2002). Afines a los libros de horas eran los libros de oraciones y los devocionarios, aunque en ellos las pautas de organización de la vida diaria son, como puede suponerse, menos explícitas, puesto que se trata más bien de manuales de oraciones pensadas exclusivamente para los momentos dedicados a los servicios religiosos.

En general, el mundo religioso es una de las fuentes más caudalosas de tecnologías del yo. La espiritualidad oriental hizo de ellas una característica propia, y los textos clásicos del budismo, el taoísmo, el hinduismo o el confucianismo abundan en máximas dedicadas al arte de la vida y al cuidado de sí.¹⁶ El misticismo convierte el autocontrol psicológico en un requisito para existir como tal (dicho en sus propios términos: para acceder a la experiencia de la divinidad). La “mirada interior” dio lugar a todo un género literario típico de la época medieval y en el que, por cierto, las mujeres -las místicas y visionarias- disfrutaron de uno de los pocos lugares donde adquirir presencia pública (Cirlot y Garí, 1999). Los *ejercicios espirituales*, sistematizados en el siglo XVI por Ignacio de Loyola, vienen a recoger gran parte de esas tradiciones. Por otro lado, el misticismo occidental primitivo de los ermitaños y los “padres del desierto”, muy influido por la espiritualidad oriental, requería del uso de técnicas de ascetismo y renuncia basadas en el acceso a la verdad a través de la purificación. Los *Apotegmas de los padres del desierto* (VV.AA., 2003a) contienen buenos ejemplos del modo de vida de estos individuos y de las máximas con que lo justificaban, normativizaban y transmitían. Por su parte, los mártires cristianos y los santos llevaron la renuncia a los extremos de la mortificación y el dolor físico entendido como vía de renuncia al yo y acceso a la divinidad (numerosos ejemplos en Ribadeneyra, 2003, y Ruiz, 1996).

Otro ámbito que no debemos olvidar, ya no siempre tan cercano al control religioso, es el de las “artes del bien morir”, que consistían en procedimientos de preparación psicológica para la muerte merced a los cuales el difunto habría cerrado adecuadamente el ciclo de su biografía e ingresaría, o al menos eso pretendía, en el reino de los cielos (véanse numerosos ejemplos en VV.AA., 2003b).

¹⁵ El *Remedio facilísimo para no pecar* (Frías, c. 1696) ofrece recetas para ello con un optimismo que ya quisieran para sí los actuales manuales de autoayuda.

¹⁶ Las editoriales EDAF, de Madrid, y José J. de Olañeta, de Palma de Mallorca, han publicado en español gran parte de los textos fundacionales de estas y otras religiones orientales, como el *Tao Te King* de Lao Tse (s. VI a.C.), el *Anguttara Nikāya* y el *Dhammapada* de Buda (s. V a.C.). También han publicado textos occidentales de interés para el estudio de las tecnologías psicológicas como *Un manual de vida* de Epicteto (s. II). Otros escritos interesantes se refieren a la ética y el comportamiento militar, como el *Hagakure*, sobre los samuráis (s. XVIII).

Fuera del ámbito religioso, podemos encontrar tecnologías del yo en los manuales de mnemotecnia o arte de la memoria (ver ejemplos muy distintos en Pousada y Fuente, 1994; Taylor, 1987, y especialmente Yates, 1974). La mnemotecnia, basada sobre todo en el *método de los lugares* (asociar conceptos o palabras a lugares físicos), procede de la retórica antigua y estuvo de moda en la Europa renacentista. Era considerada por algunos como una especie de conjunto de recetas mágicas con cuya aplicación se podían lograr memorias prodigiosas. A veces poseía, de hecho, connotaciones mágicas y cabalísticas, como en el caso de Ramón Llull (Gomila, 1994, habla de “terapia cognitiva” en la obra de este autor). Por lo demás, algunos procedimientos mnemotécnicos han sido puestos en conexión con ciertos contenidos de la psicología de la memoria contemporánea (Holzapfel, 2005).

Finalmente, podemos reivindicar para las tecnologías del yo un ámbito pensado habitualmente como competencia de la historia de la filosofía: los textos de filósofos que no versan sobre temas directamente filosóficos sino sobre la regulación o el control del pensamiento y la conducta. A veces se trata de escritos donde reflexionan acerca del modo como ellos mismos construyeron sus doctrinas. Otras veces tienen un carácter más “mundano” y se refieren a métodos para argumentar adecuadamente en las discusiones, por lo que confluyen con los tradicionales tratados de retórica -otra fuente de tecnologías psicológicas-. Las *Reglas para la dirección de la mente* de Descartes (1628) y la *Dialéctica erística o el arte de tener siempre razón* de Schopenhauer (c.1830) constituyen dos buenos ejemplos, al lado de los cuales podrían buscarse otros muchos. Schopenhauer (c.1828) escribió también unos *Aforismos sobre el arte de saber vivir* cuyo contenido se solapa -al igual, obviamente, que el de otras tecnologías del yo- con el de las técnicas psicológicas dedicadas a la regulación del comportamiento en sociedad.

5.2. Habilidades sociales

Son conocidos los estudios de Norbert Elías (1989) sobre la sociogénesis del individuo civilizado a partir de la Edad Media europea. En ellos incluye análisis detallados de textos sobre formas de controlar el comportamiento y las emociones en situaciones sociales como los banquetes o las reuniones. Elías estudia las pautas de los “buenos modales” y los juicios sobre los comportamientos adecuados o inadecuados, incluyendo los cánones de acuerdo con los cuales debían conducirse hombres y mujeres (Elías, 1989, cap. 2). La problematización de lo que la psicología actual denomina “habilidades sociales” ha ido creciendo desde esas primeras formas de *cortesía* (ligada a la vida en la corte) hasta modos de comportamiento relacionados en nuestros días con situaciones como las entrevistas de trabajo o la superación del miedo a hablar en público. Erving Goffman (2001, cap. 6) intenta teorizar este tipo de comportamiento social repasando lo que él llama “el arte de manejar las impresiones”, es decir, el conjunto de procedimientos, más o menos conscientes, de que se vale el sujeto occidental prototípico para actuar cuando se halla ante la presencia de otros con el fin de

provocar en ellos ciertos efectos y -recíprocamente- ser objeto él mismo de un determinado tipo de tratamiento.

Las máximas de comportamiento las encontramos diseminadas de un modo más informal, aunque no por ello menos preciso, en fuentes literarias como la épica nórdica del siglo XIII (Gurevich, 1997: 31 y ss.), así como en los géneros literarios "morales" (p.ej., el *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián) o en la novela picaresca (Pérez Álvarez, 1995)¹⁷. La exposición sistemática de tales máximas se encuentra en obras como *El arte de callar* del Abate Dinouart (1771) o la *Teoría de la ambición* de Hérault de Séchelles (1802). Este tipo de obras se acercan a veces a las de contenido más próximo a la actividad política, como las que escribió Plutarco en torno al año 100: *Cómo sacar provecho de los enemigos* y *Cómo distinguir a un adúlador a un amigo*. Por supuesto, *El Príncipe* de Maquiavelo es a este respecto toda una referencia, al igual que lo es, para la cultura oriental, *El arte de la guerra* de Sun Tzu.

A un nivel más doméstico contamos con con manuales didácticos sobre las relaciones entre hombres y mujeres dentro y fuera del matrimonio (p. ej. Anónimo, 1792, 1839; Castillo, 1833; Orellana, 1850) o, por supuesto, con los manuales de urbanidad, que constituyen en sí mismos todo un subgénero literario (p.ej. Anónimo, 1889; Bertrán de Lis, 1859; Carreño, s.a.; Rementería y Fica, 1837) con el que a veces conviven pequeños tratados de sociología cotidiana bastante curiosos (p.ej. Sánchez de Arévalo, 1491). Finalmente, situaciones concretas que tradicionalmente movilizaban la dramatización de lo que quedaba de nobleza y honor en el sujeto burgués han dado lugar también a escritos prácticos sobre las reglas de comportamiento que implican toda una pragmática de la caballería. Es el caso de los escritos sobre los duelos, que al lado de instrucciones sobre las armas, los requisitos legales o la disposición de los contendientes y los testigos, incluyen reflexiones sobre la ética de las ofensas, los desafíos, los desgravios y los resarcimientos morales (p.ej. Murciano, 1902; Yñiguez, 1890). Por supuesto, además de analizar estas reflexiones es posible, en este como en otros casos, leer entre líneas para descubrir cuáles eran los criterios morales y las concepciones de la subjetividad que estaban en juego.

5.3. Control social colectivo

Otras veces las tecnologías de comportamiento social no se ponen a disposición de los sujetos individuales para que se conduzcan públicamente con éxito o resuelvan situaciones problemáticas como el cortejo o el duelo. Las tecnologías psicológicas también pueden adoptar la forma de control colectivo o coerción organizada. La obra de referencia sobre este ámbito es *Vigilar y castigar*, de Foucault (1992). En ella se analiza con detalle y con profusión de casos concretos el giro de los códigos penales europeos en el siglo XIX desde el castigo de los *cuerpos* hasta el de las *almas*, es

¹⁷ A veces hallamos parodias del género didáctico que constituyen a la vez denuncias de la picaresca, como el *Manual del perfecto canalla. Año de preparatorio y curso completo*, de Rafael de Santa Ana (1916).

decir, desde la administración de la violencia física hasta la administración de la violencia psicológica. A partir del siglo XVI se venían perfeccionando sistemas de organización colectiva en cárceles, manicomios, cuarteles, talleres (más tarde empresas) y escuelas, sistemas destinados a regular el comportamiento de los sujetos para promover su docilidad o su interiorización de las normas organizativas y jerárquicas. La regulación de horarios, la administración de premios y castigos, los ejercicios gimnásticos, las clasificaciones o las evaluaciones periódicas, constituyen técnicas empleadas para lograr que los sujetos se comporten de las maneras deseadas.

Muchos planteamientos que podríamos denominar “antipsicológicos”, para los cuales, en el fondo, toda teoría psicológica del sujeto va ligada a formas de coacción y represión (p.ej. Álvarez-Uría y Varela, 1994), beben a menudo de análisis como los de Foucault y se centran en las tecnologías de control del comportamiento colectivo. A mi juicio, en cambio, son las formas de organización sociopolítica las que deben ser juzgadas antes que las tecnologías instrumentalizadas por ellas. Y no porque las técnicas sean axiológicamente neutras, desde luego, sino porque la constitución misma del sujeto en medio de una pluralidad de sujetos organizados socialmente implica la objetivación de las actividades de unos y otros en forma de técnicas y tecnologías *psicológicas* que, obviamente, serán empleadas por los grupos de poder en beneficio suyo, como cualesquiera otras técnicas. Nuestro juicio crítico -imprescindible- sobre las formas de gestionar el poder ha de contar con eso y ha de ser capaz, además, de discriminar entre una definición genérica de “poder” o “control” (en principio, el niño se somete al “control” del adulto y al “poder” de su cultura precisamente para llegar a ser un sujeto con libertad operatoria) y los ejercicios específicos de poder política o moralmente indeseables (la humillación en las cárceles o los malos tratos en las escuelas).

5.4. Educación del carácter y crianza

Dentro de instituciones de control y reproducción social como las estudiadas por Foucault figuran, desde luego, las educativas. En ellas se ponen en práctica métodos de enseñanza basados en unas u otras concepciones de lo que deben ser las destrezas del individuo para desarrollarse en la sociedad en que vive (qué debe saber y cómo debe comportarse). Han llegado hasta nosotros numerosas fuentes primarias donde se reflejan este tipo de consideraciones, como *Premios y castigos en las escuelas*, de P. Arnó Pausas (1892). Otras veces la educación infantil y la inculcación de las reglas de urbanidad convergen y dan lugar a una variante del subgénero literario de los tratados de urbanidad que son los tratados de urbanidad para niños (p.ej. Codina, 1898; Delgrás, L., 1895; Paluzie y Canlalozella, 1842; Pascual de Sanjuán, 1920)¹⁸.

Pero la educación va más allá del marco institucional de las escuelas o los reformatorios. Muchos de los manuales de educación se escribían (y se siguen escribiendo) para las familias, para que los

¹⁸ Los tratados de urbanidad y educación del carácter incluso llegaron a conocer parodias pornográficas, como el *Diálogo de cortesanas seguido de Manual de urbanidad para jovencitas*, de Pierre Louÿs, escrito entre 1894 y 1899 (Barcelona: Tusquets, 1979).

padres supieran cómo forjar el carácter de sus hijos. En ellos las recetas destinadas a regular el comportamiento infantil se acompañan de argumentos sobre cuáles son los valores que deben regir la educación. Varios de estos manuales incluyen técnicas muy concretas que los psicólogos actuales de orientación conductual identificarían como reforzamiento positivo, castigo positivo y negativo, "tiempo fuera", sobrecorrección o contracondicionamiento (ver un breve análisis en Rodríguez García et al, en prensa). Se trata de las mismas técnicas que encontramos en numerosas fuentes primarias sobre el cuidado, crianza y, sobre todo, adiestramiento de animales. Aquí también se quiebra la barrera entre especies.

5.5. Adiestramiento y observación de animales

Entre las tecnologías psicológicas más antiguas, ligadas a las artes de subsistencia, figuran las que tienen que ver con la caza y la domesticación de animales, que más tarde servirían también a usos deportivos o militares. En general, la relación práctica con los animales ha sido siempre una fuente de conocimiento sobre sus actividades y de transformaciones y regulaciones del comportamiento (ver Detienne y Vernant, 1988, y Serpell, 1996), hasta el punto de que podríamos considerarla como una suerte de psicología comparada antes de tiempo. La adaptación de los grupos humanos a nuevos entornos y la exploración de zonas geográficas desconocidas da como resultado, entre otras cosas, observaciones minuciosas sobre los comportamientos de los animales propios de esas zonas (ver Bandrés, 1989). Por su parte, la caza y la pesca exigen conocimientos sobre las costumbres de las presas o sus capacidades sensoriales que ya estaban claramente sistematizados en la época de Aristóteles, cuya *Historia de los animales* recoge numerosos ejemplos tomados de esas artes. De la misma época, ya dentro de los ámbitos deportivo y militar, conservamos tratados de cinegética y equitación que contienen numerosas muestras de técnicas de condicionamiento clásico e instrumental aplicadas a perros y caballos, así como de procedimientos para conocer y manipular la motivación y el carácter de los animales (ver Loredo, 1998). Sin salir del ámbito deportivo, la cetrería floreció en la Edad Media como pasatiempo de los nobles que dio lugar a la publicación de varios tratados con instrucciones precisas sobre la crianza y el adiestramiento de las aves de presa (halcones, azores, gavilanes, águilas...). Este adiestramiento incluía también conocimientos etológicos (sobre períodos críticos o sobre la impronta de las crías) y aplicaciones de procesos de aprendizaje como la habituación y la sensibilización, la extinción y diferentes variedades del condicionamiento clásico e instrumental, así como conocimientos sobre diferencias individuales, comportamientos específicos de las especies o factores motivacionales (ver Loredo, 1995; Mountjoy, 1987, y Mountjoy, Bos, Duncan y Verplank, 1969). Por cierto, una de las constantes de estos tratados, que se aprecia también en los tratados sobre la educación del carácter infantil del siglo XIX (al menos en los que hemos estudiado en Rodríguez García et al, en prensa), es la prevención contra el uso de los castigos -especialmente los físicos- debido a sus efectos secundarios indeseables.

Otra actividad cuya continuidad hasta nuestros días sigue incluyendo tecnologías psicológicas explícitas y bien sistematizadas es, al lado de la caza y la equitación, la colombicultura. En el trabajo de Cristina Cano y colaboradores (en prensa) hemos analizado varios tratados de colombicultura, equitación y caza (centrándonos en este caso en el adiestramiento de los perros) publicados desde el siglo XVIII hasta el XX. En ellos encontramos, de nuevo, referencias a las diferencias individuales y a los "instintos", procedimientos de habituación, moldeamiento y modelado, y varias técnicas de condicionamiento clásico e instrumental. También se insiste en los peligros del castigo. Otras actividades acerca de las cuales contamos con fuentes primarias que podrían analizarse desde el punto de vista de las tecnologías psicológicas son la cría de gallos (p.ej. Anónimo, 1899) o la apicultura (p.ej. Redondo, 1876).¹⁹

6. Algunos delirios de grandeza de la psicología

Todo este conjunto de prácticas que acabamos de repasar con cierta premura forma un repertorio de técnicas que no puede contemplarse, desde luego, como un muestrario libre de connotaciones axiológicas. Su uso va necesariamente ligado a unos u otros fines, los cuales dependen de juicios éticos y políticos, de elecciones acerca de lo que debe ser la vida humana y de definiciones más o menos intuitivas de lo que es un sujeto. No hace falta subrayar que no todas las técnicas son emancipatorias. Se han utilizando y se siguen utilizando con fines represores, oscurantistas o coercitivos, y en contextos sociales cargados de complicidad con determinadas formas de explotación y de gestión del trabajo, el ocio y las relaciones interpersonales. La institucionalización de la psicología en modo alguno acaba con el componente axiológico de las tecnologías psicológicas. Los psicólogos eligen cómo usan sus técnicas, y en ese sentido no son -no puede ser- *apolíticos*. Su trabajo sanciona formas de vida y socava o promueve la constitución de un tipo de sujeto cuyas condiciones de posibilidad se fomentan al mismo tiempo desde instancias políticas y económicas más generales. Por eso nos atrevemos a decir que la discusión sobre los fines, la discusión "política", es interna a la psicología, y que la institucionalización de ésta, si sirve para algo, puede ser precisamente para poner sobre la mesa esa discusión, hacerla explícita, abierta, elevarla -por así decir- a un nivel académico desde el cual no cabe jugar a la gallina ciega interviniendo en la vida de las personas y haciendo, al mismo tiempo, como si las condiciones socioeconómicas y culturales de esa vida fueran asunto de otros (acaso de los políticos o de los filósofos), o como si las personas fueran consumidores de felicidad que acuden al psicólogo para comprar bienestar emocional -una concepción ésta de la persona cuya carga política e ideológica no hace falta poner de manifiesto porque es evidente-. El espacio de lo psíquico, entonces, no es por fuerza "inocuo y políticamente inoperante", como afirmaba Florentino Blanco (2002: 187), puesto que constituye el escenario donde se ponen a prueba las opciones de vida.

¹⁹ Revisando este tipo de técnicas de adiestramiento, a veces es difícil advertir qué es lo que realmente ha aportado la psicología animal de corte conductista respecto a ellas (en las conclusiones del trabajo citado de Cano et al hay una breve valoración). Me refiero, claro está, a aportaciones o avances teóricos, que vayan más allá de la terminología (mezclada, no obstante, con la del lenguaje natural) o de la sofisticación técnica (la cual tampoco garantiza la aplicabilidad, debido precisamente a su complicación).

Es obvio que la institucionalización de la psicología a finales del siglo XIX no supuso la cancelación de los problemas de una teoría del sujeto y del consiguiente enfrentamiento entre unas y otras perspectivas que se consideraban a sí mismas como psicológicas. Aunque todas o casi todas estas perspectivas encontraron su nicho académico, llevaron las de ganar las que mejor se coordinaban con ciertas formas de gestionar la vida y la sociedad que se estaban convirtiendo en dominantes en virtud de procesos políticos, económicos e ideológicos que no tiene sentido detallar aquí. Lo que importa es recordar que, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, las corrientes vinculadas a la ideología norteamericana triunfante han ido dando forma a la psicología tal como se cultiva en el mundo occidental (que es tanto como decir en el mundo, a secas). Por supuesto que ha habido alternativas europeas continentales -la piagetiana es la más conocida, tal vez por sus implicaciones pedagógicas, que tan al paio traían a Piaget-, pero el centro de gravedad de la psicología se trasladó al modo de hacer psicología anglosajón, con lo que eso implica respecto a la ideología en la que se socializan los estudiantes, a la manera como los psicólogos se presentan en sociedad y a las alianzas que establecen con otros gremios profesionales.

En España, la transición a la democracia de finales de los setenta supuso el comienzo de una *puesta al día* que, entroncando con la psicología aplicada y la psicotecnia promovidas por el franquismo desde la década de los cuarenta como servicio a la sociedad capitalista que se estaba diseñando, exigía la adopción de los modelos más cientifistas y profesionalizantes disponibles. Al margen de que se mantuviera el barniz humanista propio de nuestra cultura católica frente al pragmatismo anglosajón -pensemos en la cobertura ideológica neoescolástica de los años cincuenta-, el reciclaje de los educadores, los consejeros espirituales o los orientadores profesionales pasaba por acogerse a los modos y maneras de los científicos de la mente y la conducta que producen ciencia en el laboratorio y se la ofrecen a la sociedad en forma de técnicas depuradas. Este ciclo, que tuvo su auge en los años 80, se ha cerrado recientemente con decisiones de política científica y cultural a las cuales la psicología, como disciplina institucionalizada, se ve obligada a adaptarse. Me refiero a hechos como el fomento cuantitativo de la productividad -de acuerdo con los cánones anglosajones- o la subordinación de la Universidad a los criterios del liberalismo económico ligados a la ideología de la competitividad. Con las reformas de las áreas de conocimiento, gran parte de la psicología intenta mantener el terreno ganado cerrando filas en pro de la adscripción al área de las Ciencias de la Salud, donde la compañía de los médicos -modelos de la perfecta simbiosis entre ciencia y técnica- quizá sea preferible a la de filósofos o antropólogos, cuya labor no parece demasiado productiva para una sociedad que debe adjudicar cuidadosamente sus recursos económicos. Consideremos la siguiente cita como representativa de este signo de los tiempos:

Por su formación, el psicólogo posee una concepción científica respecto de los comportamientos individuales y grupales, una metodología rigurosa y científico-técnica para abordar las cuestiones que se le plantean, y una preparación para diseñar planes de intervención controlables y evaluables con criterios objetivos.

En toda intervención psicológica [...] el psicólogo lleva a cabo tareas de evaluación del problema, diagnóstico y análisis de las dimensiones del mismo, y diseño de intervención, mediante una continua interrelación con el cliente -individual o grupal-, un análisis de los contextos culturales y sociales en que se produce, y una

aplicación de instrumentos estandarizados, en muchos casos de aplicación internacional, cuya validez está respaldada por la comunidad científica (Carpintero, 2004: 101).

En una situación de capitalismo globalizado como la que vivimos, y más aún en un país que continúa incorporándose a marchas forzadas a ese capitalismo sin abandonar los estilos del “empresariado canallesco” propios de la cultura mediterránea (Ybarra, Hurtado y San Miguel, 2001), es particularmente doloroso el cierre profesional y gremial de muchos psicólogos empeñados, como casta de científicos aplicados que ya ha logrado -sin duda, con justicia- su ubicación social, en hacer como si su trabajo careciera de componentes éticos, políticos e ideológicos. ¿Cómo mirar para otro lado, en efecto, ante hechos como la complicidad de la psicología del trabajo con determinadas formas de explotación laboral? Este caso constituye uno de los mejores ejemplos de transformación de las relaciones sociales de dominio en relaciones “psicológicas” entendidas como relaciones entre sujetos simétricos, en igualdad de condiciones. El psicólogo vendría entonces a intervenir en esas relaciones de un modo puramente técnico, neutral, ofreciendo sus servicios como quien vende un recetario de cocina a alguien que necesita aprender a cocinar. Una de las últimas aportaciones de la psicología de las organizaciones es el “contrato psicológico”. Se trata de una estratagema para incrementar la implicación personal de los empleados en las empresas. El contrato se define como “el conjunto de creencias, basadas en promesas explícita o implícitamente intercambiadas, relacionadas con un acuerdo de intercambio entre una persona y su organización” (Topa, 2005: 42). Dejando a un lado los eufemismos propios del lenguaje técnico-administrativo (“intercambio” por relación de subordinación, “organización” por empresa), estamos ante una forma de sancionar técnicamente la venta de la fuerza de trabajo a cambio de una remuneración. El contrato psicológico, supervisado por el psicólogo, sirve para encubrir ideológicamente las expectativas vitales del trabajador respecto a sus condiciones laborales y la relación que en función de ellas establece con su empresa. Al igual que la teoría económica liberal concibe al trabajador y al empresario como sujetos contractuales en pie de igualdad (uno pone el trabajo y otro los medios de producción), el concepto de contrato psicológico asume que empleador y empleado son dos sujetos simétricos cuya relación es *psicológica* y, por tanto, susceptible de ser traducida a un formato técnico, neutral y gestionado por alguien -el psicólogo- que se ha formado científicamente para ello.

Siguiendo ese mismo esquema, los delirios de grandeza de la psicología llevan a veces a definir cualquier relación humana como psicológica y evacuar de esa relación todo contenido político o moral. Con ello hacemos igual que aquel carnicero que, tras recorrer varias guerras, llega a la conclusión de que el mundo está lleno de heridas. En el fondo, psicologizar la sociedad es una buena manera de terminar con la psicología (todo es psicológico, luego nada es psicológico). Pero se trata de una estrategia que está a la orden del día:

No todo está en la mano de la psicología, bien lo sé. Incluso, llegado el caso, tendrá la psicología que dejar ciertas decisiones en manos de la ética, del consejo moral, de la reflexión y decisión últimamente personales. Pero la psicología del siglo XXI puede llegar a ser, y sin duda llegará a ser, la más potente fuerza humanizadora de que el hombre disponga en ese siglo [...]. El hombre es un ser maleable. La psicología llegará a saber casi todo de esa ductilidad humana. Entonces, en el siglo XXII, habrá que conseguir organizar una ética, y una filosofía, que marque su límite a una psicología, una biología y una cosmología que nunca deberán dejar de estar al servicio de la persona (Carpintero: 1998: 171).

Este fragmento parece reclamar para los psicólogos aquello que Platón reclamara para los filósofos o Comte para los sociólogos: el gobierno. Es como si la psicología no sólo tuviera resuelta su identidad -su éxito socioinstitucional ha resuelto de un plumazo sus problemas teóricos, la ha unificado y la ha liberado de su tormento epistemológico-, sino que además tuviera el derecho de convertirse en la ciencia suprema a la cual, en todo caso, otras disciplinas deberán refrenar para que no se extralimite. Menos mal que, "llegado el caso, tendrá la psicología que dejar ciertas decisiones en manos de la ética, del consejo moral, de la reflexión y decisión últimamente personales". Se supone, pues, que la psicología no incluye en su seno cuestiones éticas y morales, y que no son las "decisiones personales" las únicas que pueden poner en marcha un proceso terapéutico supervisado -no capitalizado- por el psicólogo, que convierta al paciente en un sujeto responsable, autónomo, y no en una víctima susceptible de recibir pasivamente la "curación" de manos del terapeuta.

Pues bien, en este artículo hemos recordado la existencia sostenida y organizada de tradiciones de prácticas y técnicas psicológicas previas a la psicología institucional -y, algunas, independientes de ella-. Son prácticas a las que ni siquiera cabe considerar tan antiguas como el ser humano, puesto que se remontan a las estrategias de colaboración, competencia y depredación de otros animales, y especialmente a la compleja organización social de los primates y a su necesidad de controlar el comportamiento propio y ajeno. Constituyen una historia tecnológica de la psicología que nos proporciona buenas razones para pensar que la pretensión de totalizar científico-tecnológicamente el comportamiento humano será siempre desbordada por nuevas formas de relación entre los sujetos, por nuevas formas de vida que, desde luego, la psicología aplicada contribuirá, para bien o para mal, a promover. Y esta promoción no es un asunto meramente técnico o científico, sino que incluye opciones éticas y políticas que señalan la dirección del cambio, opciones que están detrás de las propias intervenciones terapéuticas. La psicología puede hacerse de muchas maneras. Cómo se haga influirá en cómo sean el tipo de individuos que la sigan haciendo y el tipo de sociedad en que vivamos. Parafraseando a Fichte, la clase de psicología que se elige depende de la clase de persona que se es. Pero, a la larga, la recíproca también se cumple.²⁰

7. Conclusión: por una psicología practicable

La negación posmoderna del sujeto va en algunos casos vinculada a un rechazo indiscriminado de la psicología aplicada, como si los psicólogos fueran, en bloque, represores o psicopatologizadores de

²⁰ La reciente controversia producida en España sobre la adopción de niños por parte de parejas homosexuales muestra cómo las opiniones de los "expertos" -a quienes unos y otros partidos políticos invocan- están a menudo más cargadas de juicios de valor cuanto más técnicas parezcan. Aunque psicólogos y psiquiatras afines a las posiciones de la izquierda suelen ser menos ingenuos respecto al carácter ideológicamente comprometido de su trabajo, es difícil escuchar declaraciones en las que se reconozca el problema de la profecía autocumplida, es decir, el hecho de que aquello que los expertos definan como "normal" contribuirá a prescribir unos u otros comportamientos sexuales "normales", que serán así mejor aceptados socialmente. Si fuera cierto que -como pretenden los opositores a la adopción homoparental invocando el interés del niño- los hijos de homosexuales sufren discriminación y crecen por eso desequilibrados, ello sería así precisamente porque habrían vivido en un contexto social cargado de una homofobia que han apuntalado quienes, desde posiciones pretendidamente científicas, han defendido que la homosexualidad es patológica o que la familia "natural" es la familia nuclear.

la espontaneidad humana. Más arriba me referí a los foucaultianos como ejemplo de esta concepción. Pero hay otras perspectivas que también podríamos considerar como antipsicológicas: aquellas que toman como referencia, en lugar del yo disuelto de la posmodernidad, el sujeto clásico, kantiano, cuyo comportamiento está dirigido por una voluntad basada en normas éticas (para la mentalidad protestante) o morales (para la católica). En el fondo, padecer problemas psicológicos equivaldría a carecer de la suficiente fuerza moral como para enfrentarse a las vicisitudes de la vida (según parece sugerir Rendueles, 2004). En el límite, el recurso a la ayuda psicológica profesional representaría la estrategia -legitimada institucionalmente- mediante la cual los integrantes de la sociedad actual hacen dejación de responsabilidades respecto a su propia vida. Tratar los problemas personales como psicológicos equivaldría entonces a encubrir su carácter sociocultural y normativo.²¹

A mi juicio, esta perspectiva olvida que las normas no constituyen una especie de programa de acción abstracto que se interioriza y se pone en práctica cotidianamente sin contradicciones ni tensiones. Los sujetos somos de carne y hueso, y nuestras formas de vida se mueven entre constantes desajustes que, en ocasiones, pueden generar y generan de hecho obstáculos para seguir viviendo. La ayuda para superar o entender siquiera esos obstáculos podrán ofrecerla psicólogos profesionales, consejeros espirituales, chamanes o quienes haya segregado la propia sociedad como "especialistas" en problemas personales, pero que en todo caso desempeñarán el oficio del cuidado mutuo que toda colectividad humana incorpora (sobre la relación entre psicología y enfermería respecto a ese oficio, ver Sellán y Blanco, 2005). El cuidado mutuo es condición ontológica de la subjetividad y de la vida social. La existencia de tradiciones tecnológicas de autocontrol y control de los demás ligadas a la propia historia de las sociedades humanas muestra que la necesidad de hacerse cuestión de las actividades propias y ajenas forma parte del propio desarrollo de esas actividades. Los problemas psicológicos no surgen cuando la actividad misma se revela como objeto de observación y análisis, según sugiere Pérez Álvarez (2003). Y tampoco son específicos "de la sociedad moderna desde finales del siglo XVIII en adelante" (Pérez Álvarez, 2003: 25). Pensar así equivaldría a confundir la definición psicológica clínica de los problemas con los problemas mismos, que en otros momentos históricos y en otras sociedades aparecen definidos de otras maneras, como lo prueba el hecho de la existencia universal de tecnologías psicológicas explícitas. La actividad propia y ajena es necesariamente objeto de observación, porque no existe un "comportamiento" separado del "mundo externo" sobre el que ese comportamiento actúa. Ser un sujeto implica explorar el mundo observando y reajustando constantemente la propia actividad.

²¹ Aunque sitúa la raíz de los problemas psicopatológicos en la cultura, Marino Pérez Álvarez (2003; Pérez Álvarez y Fernández Hermida, 2001) defiende la pertinencia de la psicoterapia -de algunas psicoterapias- como tratamiento individual de esos problemas. Desde un punto de vista cultural similar al suyo, Juan Bautista Fuentes (1999; ver también Fuentes y Quiroga, 2005) plantean más bien que la propia psicoterapia forma parte de las condiciones culturales que generan los conflictos psicológicos, cuya resolución individual -la que la psicoterapia promueve- es necesariamente espúrea, puesto que no afecta a esas condiciones. Pues bien, en ambos casos parece asumirse que el sujeto es un producto cultural y sus conflictos son un reflejo subjetivo de los conflictos normativos presentes objetivamente en la cultura, y en concreto en la cultura occidental moderna. En este sentido creo que estos autores sitúan las normas éticas y la morales en un espacio despseudologizado y entienden lo psicológico como una suerte de apariencia que se subordina al mundo objetivo de las normas. Lo que deseo sugerir, en cambio, es que lo psicológico forma parte del conflicto normativo. Por eso no se trata de que la terapia sea o no individual, sino de que recae sobre sujetos porque ellos, sus biografías, son la única referencia material de las normas. Además la psicoterapia promueve unas normas, unos valores, en detrimento de otros. Que lo haga expresamente, sin camuflarse bajo la retórica de la neutralidad técnica o científica, es lo que cabe exigirle.

De un modo u otro siempre ha habido *psicología*. Las actividades de los sujetos siempre han sido objeto de preocupación y regulación. Ni existe una espontaneidad pura ajena a cualquier normatividad, ni tampoco un ajuste perfecto a las normas sociales (ya sea en forma de sociedad tradicional, ya sea en forma de utopía política). Las prácticas psicológicas históricamente dadas, como las tecnologías del yo o los métodos educativos, constituyen formas de “mediación” constitutivas de la subjetividad. Otra cosa es que algunas de esas técnicas en su conjunto o algunas de sus aplicaciones nos parezcan indeseables o aberrantes, pero este juicio forma parte de la discusión sobre las formas de vida, sobre las normas y los valores, una discusión inherente al uso de las técnicas psicológicas (de ahí la imposibilidad del cierre de filas gremial y cientifista que antes denunciábamos). La justificación psicobiológica del cuidado mutuo remite al hecho básico de que los sujetos se forman como tales en medio de una pluralidad de sujetos con los que entablan relaciones de subordinación, control, colaboración y competencia. Los sujetos no somos espíritus que necesitemos acudir a los profesionales del cuidado psicológico cuando nos sobreviene alguna clase de debilidad moral y nos vemos ensuciados por los desarreglos orgánicos. Las propias normas que pueda tomar como referencia cualquier persona para vivir son producto de nuestra actividad. Por eso son constitutivamente problemáticas y por eso es la propia vida concreta y cotidiana (psicológica) la fuente de moralidad, de normas, de juicios y valoraciones sobre lo bueno, lo deseable, lo justo y lo injusto, lo aceptable y lo inaceptable. Las normas se ejercen, se enfrentan y se producen en medio del tráfigo psicológico, no brotan de los manuales de ética o de los escritos jurídicos.

Quizá una psicología practicable, defendible en nuestros días, sea aquella que fomente la reapropiación del individuo de su subjetividad (no la sumisión), que promueva la responsabilidad y la libertad (no la dependencia terapéutica) proporcionando instrumentos para esclarecer la construcción de la propia vida, sin ocultar al “paciente” las restricciones y contrapartidas de sus elecciones vitales, sin vender recetas para la felicidad o la imbecilidad moral. La discusión de los valores del sujeto forma parte de esa intervención psicológica, y es la que confiere a la psicología su dimensión ética y política. No pasa nada por romper con la tecnificación de la psicología académica -ligada a la ideología cientifista-, permeabilizar la frontera entre el técnico y la persona de la calle, y convertir al psicólogo en un activista del arte de vivir, alguien que desde una perspectiva laica cumple funciones que antes cumplían los consejeros espirituales, los confesores o los moralistas, aunque ahora lo haga -y no puede ser otro el sentido de su formación universitaria- con una independencia, un repertorio de técnicas, una cultura científica y humanística y un conocimiento casuístico adecuado a la variedad de problemas de la vida que experimentamos los sujetos del mundo del siglo XXI.

Las etiquetas que aparecen en forma de modas académicas, como la Psicología Positiva (ver www.psicologia-positiva.com, accedido el 20 de octubre de 2005; ver asimismo Avia y Vázquez, 1988) o la Psicología Crítica (una muestra en Gordo y Linaza, 1996; ver también el análisis de Romero, 2005), son sin duda necesarias como signo de que las formas dominantes de hacer

psicología cuentan con resistencias sin las cuales daría la impresión de que todo está perdido. Sin embargo, no se trata de obtener nuevos trozos del pastel institucional, sino de pensar íntegramente las cosas. La Psicología Positiva defiende algo tan evidente como que no sólo las emociones negativas (miedo, ira, tristeza) sino también las positivas (alegría, autoconfianza, amor) son incumbencia de la psicología clínica, como si no supiéramos que una teoría del sujeto incluye por principio todas las dimensiones de su actividad: las conflictivas y las deseadas. Por su parte, la Psicología Crítica o bien denuncia toda teoría del sujeto como forma de reprimir una supuesta espontaneidad humana primigenia, o bien reclama una teoría del sujeto acorde con el hecho de que las ciencias sociales, componentes imprescindibles para construir tal teoría, no pueden ser axiológicamente neutrales.

Bienvenidos sean los descubrimientos de la pólvora si sirven para socavar el cientifismo de vía estrecha dominante en nuestras facultades universitarias. Pero esperemos que la revolución no termine reduciéndose a una reforma de las humanidades y las ciencias sociales en la dirección de ese espectro gnoseológico que son los “estudios culturales” norteamericanos, una posibilidad bastante acorde con las directrices de la política educativa europea neocapitalista de nuestros días y la ideología subyacente de la *sociedad del conocimiento* (Fuentes, en prensa). Porque, con independencia de las intenciones de sus promotores, las nuevas modas tienen mucho de exportaciones norteamericanas. Si no queremos hacer el juego a esas modas, recordemos que la psicología, la psicología *experimental*, nació con Wundt como una teoría del sujeto que incorporaba en su seno los componentes culturales, teorizados también de modos diversos por otros clásicos como Baldwin, Mead o Meyerson.

Por otro lado, no hace tanto tiempo que psicólogos marxistas como el argentino Alberto Merani (1976) formularon para quienes les quisieran escuchar rotundas críticas a la psicología institucional. Tampoco debería ser necesario recordar que el manifiesto de la Escuela de Frankfurt (Horkheimer, 2000) ya planteó a finales de los años 30 del siglo XX la necesidad de formular una teoría del sujeto y la sociedad que, frente al positivismo (entendido como ideología burguesa), se hiciera cargo del hecho de que la ciencia es una producción de una colectividad de sujetos relacionados entre sí asimétricamente, y que esto no implica relativismo cínico o impotencia epistemológica, sino compromiso a la hora de construir conocimiento científico en unas u otras direcciones.

Bibliografía

Abate Dinouart (1999) [1771]. *El arte de callar*. Traducción de Mauro Armiño. Madrid: Siruela.

Agamben, G. (2005) [2004]. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Traducción de Antonio Gimeno. Valencia: Pre-textos.

- Álvarez-Uría, F. y Varela, J. (1994). *Las redes de la psicología. Análisis sociológico de los códigos médico-psicológicos*. 2ª ed. Madrid: Libertarias/Prodhuvi.
- Anónimo (1792). *Consideraciones políticas sobre la conducta que debe observarse entre marido y mujer*. Madrid: Ramón Ruiz. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1993.
- Anónimo (1839). *Manual del cortejo*. Madrid: Imp. Yenes. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1998.
- Anónimo (1889). *Nuevo manual de urbanidad*. Madrid: Librería Hijos de D.J. Cuesta. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1997.
- Anónimo (1899). *Los gallos ingleses*. Madrid: Hijos de D.J. Cuesta Eds. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia.
- Arnó Pausas, P. (1892). *Premios y castigos en las escuelas*. Barcelona: Imprenta Lit. J. Cunill Sala. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia.
- Ashley, K. (2002). Creating family identity in books of hours. *Journal of Medieval & Early Modern Studies*, 32 (1): 145-166.
- Avia, M.D. y Vázquez, C. (1998). *Optimismo inteligente. Psicología de las emociones positivas*. Madrid: Alianza.
- Baldwin, J.M. (1897). *Social and Ethical Interpretations in Mental Development*. New York: Macmillan.
- Bandrés, J. (1989). Behavioral observation in America: The Spanish pioneers in the 16th and 17th century. *Bulletin of the Psychonomic Society*, 27: 184-187.
- Béjar, H. (1993). *La cultura del yo. Pasiones colectivas y afectos propios en la teoría social*. Madrid: Alianza.
- Berger, P.L. y Luckmann (2003). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu. Traducción de Silvia Zuleta.
- Bertrán de Lis, F. (1859). *Reglas de urbanidad para uso de las señoritas*. 6ª ed. Valencia: Imprenta de D. Julián Mariana. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1995.
- Blanco, C.J. (2002). La psicología como una ciencia de la diversificación de la conciencia. *Apuntes de Psicología*, 20 (3): 427-444.
- Blanco, F. (2002). *El cultivo de la mente. Un ensayo histórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid: Antonio Machado.
- Blanco, F. y Sánchez-Criado, T. (2004). Speaking of Anorexia: a brief meditation on the notion of *mediation*. Comunicación presentada al 1st *International Symposium of Self-Regulatory Functions of Language*. Madrid, 5-6 de noviembre.

- Cano, C.; Loredó, J.C. y Herrero, F. (en prensa). El adiestramiento animal como antecedente de la psicología moderna. Una aproximación desde la idea del origen técnico de las ciencias. *Revista de Historia de la Psicología*.
- Carpintero, H. (1998). Una mirada al futuro. *Anuario de Psicología*, 29 (2): 169-171.
- Carpintero, H. (2004). Psicología, comportamiento y salud. El lugar de la Psicología en los campos de conocimiento. *Infocop*. Nº monográfico sobre la psicología como profesión sanitaria: 93- 101.
- Carreño, A. (s.a.). *Manual de urbanidad*. Paris: Casa Editorial Garnier Hermanos.
- Castillo, J. del (1833). *Atalaya observatoria de ambos sexos*. Barcelona: Imprenta de Indar. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1994.
- Childe, V.G. (1954) [1936]. *Los orígenes de la civilización*. 2ª ed. Traducción de Eli de Gortari. Madrid: FCE.
- Cirlot, V. y Garí, B. (1999). *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*. Barcelona: Martínez Roca.
- Codina, J. (1898). *Urbanidad en verso para el uso de las niñas*. Reproducción facsimilar de la 18ª ed. Barcelona: Plaza y Janés, 1998.
- Cole, M. (1999) [1996]. *Psicología cultural. Una disciplina del pasado y del futuro*. Madrid: Morata. Trad. de Tomás del Amo.
- Corbin, A. (2001) [1987 y 1999]. Entre bastidores. En: Ph. Ariès y G. Duby (dirs.), *Historia de la vida privada*, vol. 4. Madrid: Taurus: 391-574. Trad. de Francisco Pérez Gutiérrez y Beatriz García.
- Delgrás, L. (1895). *Tratado de educación. El amigo de las niñas*. Madrid: Librería de la Viuda de Hernando y cía. Ed. facsímil. Valladolid: Maxtor, 2001.
- Delumeau, J. (1992) [1990]. *La confesión y el perdón*. Traducción de Mauro Armiño. Madrid: Alianza.
- Descartes, R. (1999) [1628]. *Reglas para la dirección de la mente*. Barcelona: Folio.
- Detienne, M. y Vernant, J.P. (1988) [1974]. *Las artimañas de la inteligencia. La metis en la Grecia antigua*. Traducción de Antonio Piñero. Madrid: Taurus.
- De Waal, F. (1993) [1989]. *La política de los chimpancés. El poder y el sexo entre los simios*. Traducción de Patricia Teixidor. Madrid: Alianza.
- De Waal, F. (1997) [1996]. *Bien natural. Los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales*. Traducción de Isabel Ferrer. Barcelona: Herder.

- Elías, N. (1989) [1977 y 1979]. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. 2ª ed. México: FCE.
- Engels, F. (1988) [1876]. *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Moscú: Editorial Progreso.
- Farrington, B. (1974). *Mano y cerebro en la Grecia Antigua*. Traducción de E.M. de V. Madrid: Ayuso.
- Farrington, B. (1986) [1969]. *Ciencia y filosofía en la Antigüedad*. 2ª ed. Traducción de P. Maset y E. Ramos. Barcelona: Ariel.
- Fernández Rodríguez, T.R. (1988). Conducta y evolución: Historia y marco de un problema. *Anuario de Psicología*, 39 (2): 101-135.
- Fernández Rodríguez, T.R. (1995). Kant y la historia del sujeto: Un esbozo biográfico. *Comunicación presentada al VIII Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología* (Palma de Mallorca).
- Fernández Rodríguez, T.R. (1996). Sobre ciertas coordenadas históricas del cognitivismo. *Revista de Historia de la Psicología*, 12 (3-4): 313-316.
- Fernández Rodríguez, T.R. (2003). Sobre los progresos de la Psicofísica. *Revista de Historia de la Psicología*, 25 (3-4): 659-668.
- Fernández Rodríguez, T.R. (2005). Sobre la historia natural del sujeto y su lugar en una Historia de la Ciencia. A propósito de Robert J. Richards y el Romanticismo de Darwin. *Estudios de Psicología*, 26 (1): 67-104.
- Fernández Rodríguez, T.R. y Sánchez González, J.C. (1990). Sobre el supuesto mecanicismo de la selección natural: Darwin visto desde Kant. *Revista de Historia de la Psicología*, 11 (1-2): 17-46.
- Fernández Rodríguez, T.R.; Sánchez González, J.C.; Aivar, M.P. y Loredo, J. C. (2003). Representación y significado en psicología cognitiva: Una reflexión constructivista. *Estudios de Psicología*, 24 (1): 5-32.
- Fernández Liria, C. (1992). *Sin vigilancia y sin castigo. Una discusión con Michel Foucault*. Madrid: Libertarias/Prodhufi.
- Foucault, M. (1989). La escritura de sí. En: T. Abraham, *Los senderos de Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión: 175-189.
- Foucault, M. (1990) [1988]. *Tecnologías del yo*. Traducción de Mercedes Allendesalazar. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1992) [1975]. *Vigilar y castigar*. 20ª ed. Traducción de Aurelio Garzón. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1996). La hermenéutica del sujeto. Conclusiones de los cursos 1980-1982. *Anábasis*, 3 (4): 27-48.

- Foucault, M. (1999) [1970]. *El orden del discurso*. Traducción de Alberto González. Barcelona: Tusquets.
- Franks, C.M. (1995). Orígenes, historia reciente, cuestiones actuales y estatus futuro de la terapia de conducta: una revisión conceptual. En: V. Caballo (comp.), *Manual de técnicas de terapia y modificación de conducta*. 3ª ed. Madrid: Siglo XXI: 3-25.
- Frías, Miguel de (c.1696). *Remedio facilísimo para no pecar*. Valencia: Ed. layme de Bordazar. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1997.
- Fuentes, J.B. (1994). Introducción del concepto de 'conflicto de normas irresuelto personalmente' como figura antropológica (específica) del campo psicológico. *Psicothema*, 6 (3): 421-446.
- Fuentes, J.B. (1999). Psicología mundana y psicologías académicas. En: R. Reyes (coord.), *Diccionario crítico de Ciencias Sociales*. Universidad Complutense de Madrid. Ed. electrónica. En <http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/P/index.html>. Acceso el 28 de septiembre de 2005.
- Fuentes, J.B. (en prensa). El Espacio Europeo de Educación Superior, o la siniestra necesidad del caos. *Logos*.
- Fuentes, J.B. y Quiroga, E. (2005). Paradojas y aporías del papel de los trastornos de la personalidad en la Psicología Clínica y en la Psiquiatría: crítica desde un modelo sociohistórico. En: J.L. Romero y R. Álvaro (eds.), *Psicópolis: paradigmas actuales y alternativos en la Psicología contemporánea*. Barcelona: Kairós: 431-464.
- García Morente, M. (1992). *Ensayo sobre la vida privada*. Madrid: Facultad de Filosofía de la Univ. Complutense.
- Goffman, E. (2001) [1959]. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Traducción de Hildegard B. Torres y Flora Setaro. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gomila, A. (1994). La terapia cognitiva de Ramón Llull: La prehistoria de la Ciencia Cognitiva. *Boletín Informativo de la Sociedad Española de Historia de la Psicología*, 14: 8-11.
- Gordo, A.J. y Linaza, J.L. (comps.) (1996). *Psicologías, Discursos y Poder (PDP)*. Madrid: Visor.
- Gottlieb, G. (2002). Developmental-Behavioral Initiation of Evolutionary Change. *Psychological Review*, 109 (2), 211-218.
- Gurevich, A. (1997) [1994]. *Los orígenes del individualismo europeo*. Traducción de María García. Barcelona: Crítica.
- Heidegger, M. (2000) [1976]. *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza. Trad. de Elena Cortés y Arturo Leyte.

- Holzappel, W. (2005). The Relationship between Theoretical Memory Psychology and Art of Memory: A Historical Analysis. En: A. Mülberger y B. Gómez-Zúñiga (eds.), *Recent Contributions to the History of the Human Sciences*. Monográfico de la revista *Passauer Schriften zur Psychologiegeschichte*, vol. 13: 105-114.
- Horkheimer, M. (2000) [1937]. *Teoría tradicional y teoría crítica*. Traducción de José Luis López. Barcelona: Paidós / Univ. Autómoma de Barcelona.
- Langa, A. (1990). *La sociedad europea del siglo XIX a través de los textos literarios*. Madrid: Itsmo.
- Latour, B. (1998). De la mediación técnica: filosofía, sociología y genealogía. En: M. Doménech y F.J. Tirado (comps.), *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*. Barcelona: Gedisa.
- Latour, B. (2001) [1999]. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Traducción de Tomás Fernández. Barcelona: Gedisa.
- Le Goff, J. (1983). Oficio y profesión según los manuales de confesores de la Edad Media. En: *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval*. Madrid: Taurus: 155-172.
- López Piñero, J.M. (2002). *Del hipnotismo a Freud. Orígenes históricos de la psicoterapia*. Madrid: Alianza.
- Loredo, J.C. (1995). Cetrería antigua y Psicología del aprendizaje. *Revista de Historia de la Psicología*, 16 (1-2): 241-253.
- Loredo, J.C. (1998). Nota sobre los orígenes prácticos de la Psicología en la época de Aristóteles. *Revista de Historia de la Psicología*, 19 (4): 543-549.
- Loredo, J.C. (2004). La teoría de la selección orgánica de Baldwin y la escisión entre naturaleza y cultura. *Acción psicológica*, 3 (3), 187-198.
- Loredo, J.C. (2005). La confesión en la prehistoria de la psicología. *Anuario de Psicología*, 36(1): 99-116.
- Loredo, J.C. y Sánchez González, J.C. (2004). El pancalismo de James Mark Baldwin. Estética, psicología y constructivismo. *Estudios de Psicología*, 25 (3): 315-329.
- Luria, A.R. (1987) [1976]. *Desarrollo histórico de los procesos cognitivos*. Traducción de Arturo Villa. Madrid: Akal.
- Merani, A. (1976). *Carta abierta a los consumidores de Psicología*. Barcelona: Grijalbo.
- Mountjoy, P.T. (1987). The first systematic account of comparative avian behavior. En: E. Tobach (ed.), *Historical perspectives and the international status of Comparative Psychology*. Hillsdale: LEA: 5-14.
- Mountjoy, P.T.; Bos, J.H.; Duncan, M.O. y Verplank, R.B. (1969) Falconry: Neglected Aspect of the History of Psychology. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 5 (1): 57-67.

- Murciano, A. (1902). *Prontuario del duelo*. Madrid: Imprenta Litografía del Depósito de la Guerra. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1993.
- Orellana, F.J. (1850). *Talismán del amor*. Barcelona: Imprenta y Librería de la Señora Viuda de Mayol. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 2000.
- Ortiz de Taranco, F.M. (1951). *Un libro de horas del Conde-Duque de Olivares*. Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo.
- Paluzie y Canlalozella, D. (1842). *Tratadito de urbanidad para los niños*. Barcelona: Paluzie. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1989.
- Pascual de Sanjuán, P. (1920). *Resumen de urbanidad para las niñas*. Barcelona: Hijos de Paluzie, eds. Ed. facsímil. Valladolid: Maxtor, 2002.
- Pérez Álvarez, M. (1992). *Ciudad, individuo y psicología. Freud, detective privado*. Madrid: Siglo XXI.
- Pérez Álvarez, M. (1995). Prehistoria de la modificación de conducta en la cultura española. En: V. Caballo (comp.), *Manual de técnicas de terapia y modificación de conducta*. 3ª ed. Madrid: Siglo XXI: 51-66.
- Pérez Álvarez, M. (2003). *Las cuatro causas de los trastornos psicológicos*. Madrid: Universitas.
- Pérez Álvarez, M. y Fernández Hermida, J.R. (2001). El grano y la criba de los tratamientos psicológicos. *Psicothema*, 13 (3): 523-529.
- Piaget, J. (2003) [1947]. *El nacimiento de la inteligencia en el niño*. 2ª ed. Traducción de Pablo Bordonaba. Barcelona: Crítica.
- Plutarco (2002) [c.100]. *Cómo sacar provecho de los enemigos. Cómo distinguir a un adulator de un amigo*. Traducción de Concepción Morales y José García. Madrid: Siruela.
- Pousada, M. y Fuente, J. de la (1994). El arte de la memoria en España durante el siglo XIX: la aportación de Pere Mata. *Revista de Historia de la Psicología*, 15 (3-4): 215-225.
- Redondo, I. (1876). *Apicultura o tratado de las abejas y sus labores*. Madrid: Quirós. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1999.
- Rementeria y Fica, M. de (1837). *El hombre fino al gusto del día. Manual completo de urbanidad, cortesía y buen tono*. Madrid: Imprenta del Colegio de Sordomudos. Ed. facsímil. Valladolid: Maxtor, 2001.
- Rendueles, G. (2004). *Egolatría*. Oviedo: KRK.

- Ribadeneyra, Pedro de (1516) [2003]. *Vidas de santos. Antología del Flos sanctorum*. Madrid: Lengua de Trapo. Ed. a cargo de O. Aguirre y J. Azpeitia.
- Rodríguez García, M.T.; Loredó, J.C. y Herrero, F. (en prensa). La educación tradicional del carácter infantil. Una aproximación desde la idea del origen técnico de las ciencias. *Revista de Historia de la Psicología*.
- Romero, J.L. (2005). Psicologías y locura: un esbozo clasificatorio. *Cuaderno de materiales. Filosofía y Ciencias Humanas*. Ed. electrónica, nº 21. En <http://www.filosofia.net/materiales/num/num21/psicolocura.htm> (Acceso el 25 de junio).
- Ruiz, D. (1996). *Actas de los mártires*. Madrid: BAC.
- Sánchez de Arévalo, R. (1491). *Spejo de la vida humana*. Çaragoça de Aragon: Ind. Paulo vrus de Constancia. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia.
- Sánchez González, J.C.; Fernández Rodríguez, T.R. y Loy, I. (1995). La génesis de la intuición. Helmholtz y la naturalización del sujeto trascendental kantiano. *Revista de Historia de la Psicología*, 16 (3-4): 375-382.
- Sánchez González, J.C.; Loy, I. y Paredes, C. (2000). Estímulo. En: J. Muñoz y J. Velarde (eds.), *Compendio de epistemología*. Madrid: Trotta: 232-234.
- Sánchez González, J.C. y Loredó, J.C. (2005). Psicologías para la evolución. Catálogo y crítica de los usos actuales de la selección orgánica. *Estudios de Psicología*, 26 (1): 105-126.
- Santa Ana, Rafael de (1916). *Manual del perfecto canalla. Año de preparatorio y curso completo*. Madrid: Imprenta Alemana. Ed. facsímil. Valencia: Librerías París-Valencia, 1992.
- Schopenhauer, A. (2002) [c.1828]. *Aforismos sobre el arte de saber vivir*. 3ª ed. Madrid: Valdemar. Trad. de Luis Fernando Moreno.
- Schopenhauer, A. (1997) [c.1830]. *Dialéctica erística o el arte de tener siempre la razón (expuesta en treinta y ocho artimañas)*. Traducción de Fernando Oreja. Madrid: Facultad de Filosofía de la Univ. Complutense.
- Séchéllés, Hérault de (2005) [1802]. *Teoría de la ambición*. Traducción de Jorge Gimeno. Madrid: Siruela.
- Sellán, M.C. y Blanco, F. (2005). Hacia un modelo historiográfico sobre las relaciones entre enfermería y psicología. Comunicación presentada al XVIII Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología. Baeza (Jaen), 28-30 de abril.
- Serpell, J. (1996). *In the Company of Animals. A study of human-animals relationships*. New York: Cambridge Univ. Press.
- Szasz, Th.S. (1981) [1970]. *La fabricación de la locura. Estudio comparativo de la Inquisición y el movimiento en defensa de la salud mental*. 2ª ed. Traducción de Ramón Ribé. Barcelona: Kairós.

- Taylor, R (1987). *El arte de la memoria en el Nuevo Mundo*. Madrid: Swan.
- Topa, G. (2005). Introducción: perspectivas de futuro para el contrato psicológico. *Estudios de Psicología Social*, 20 (1): 41-43. [Nº monográfico sobre el contrato psicológico.]
- VV.AA. (2003a). *Apotegmas de los padres del desierto*. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta. Ed. a cargo de M. Ávila.
- VV.AA. (2003b). *Artes de bien morir. Ars moriendi de la Edad Media y del Siglo de Oro*. Madrid: Lengua de Trapo. Ed. a cargo de A. Rey.
- Vegetti, M. (1981). *Los orígenes de la racionalidad científica*. Barcelona: Península.
- Vygotski, L.S. (1989) [1978]. *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. 2ª ed. Traducción de Silvia Furió. Barcelona: Crítica.
- Wertsch, J.V. (1993) [1991]. *Voces de la mente. Un enfoque sociocultural para el estudio de la acción mediada*. Traducción de Adriana Silvestri. Madrid: Visor.
- Yates, F.A. (1974) [1966]. *El arte de la memoria*. Traducción de Ignacio Gómez. Madrid: Taurus.
- Ybarra, J.A.; Hurtado, J. y San Miguel, B. (2001). La economía sumergida revisitada. *Sociología del trabajo*, 43: 29-70.
- Yñiguez, Eusebio (1890). *Ofensas y desafíos. Recopilación de las leyes que rigen en el Duelo, y causas originales de éste, tomadas de los mejores tratadistas con notas del Autor*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Evaristo Sánchez. Ed. facsímil. Valladolid: Maxtor, 2001.